



Dos nuevas continuaciones para el *Espejo de príncipes y caballeros*

Rafael Ramos Nogales
(*Universitat de Girona*)^{*}

Abstract

Se da noticia de dos nuevas continuaciones manuscritas del *Espejo de príncipes y caballeros*: una *Quinta parte*, distinta de la ya conocida, y una *Sexta parte*. Ambas fueron escritas por el jurista Juan Cano López, que ejerció como escribano real en Madrid entre 1609 y 1639, y se pueden fechar entre 1637 y 1640. Se presenta brevemente las dos partes, que en realidad funcionan como un único texto, al arrimo de la edición zaragozana de todo el ciclo aparecida en 1617-1623, y se profundiza en la pervivencia del gusto por los libros de caballerías tras la publicación del *Quijote*.

Palabras clave: Siglo XVII, manuscrito, continuación, *Espejo de príncipes y caballeros*, *Quijote*, libros de caballerías.

I give a notice of two new manuscript sequels of *Espejo de príncipes y caballeros*: a *Quinta parte*, different from the previously known one, and a *Sexta parte*. Both were written by the lawman Juan Cano López, who performed the profession of «escribano real» in Madrid between 1609 and 1639. Both parts can be dated between 1637 and 1640. In this paper, after a brief presentation of the manuscripts, I argue that they were written as a unique text, a sequel of the last edition of the whole cycle, published in Zaragoza between 1617 and 1623. Finally, I conclude that books of chivalry have remained in the public's taste even after the publication of *Quijote*.

Keywords: 17th Century, manuscript, sequel, *Espejo de príncipes y caballeros*, *Quixote*, romances of chivalry.



Para Carolina Valcárcel

Resulta cada vez más evidente que los libros de caballerías castellanos no desaparecieron de una forma tan sencilla, rápida y definitiva como tradicionalmente se había pensado. En efecto, los últimos nuevos títulos que se llegaron a publicar fueron la *Tercera parte de Espejo de príncipes y caballeros* de Marcos Martínez, impresa en 1587, y el *Policisne de Boecia* de Juan de Silva y Toledo, aparecido en 1602, con quince años de distancia entre uno y otro, de manera que parecía lógico suponer que cuando apareció el *Quijote*, en 1605, el género estaba dando sus últimas boqueadas. Aunque durante ese mismo periodo, entre 1587 y 1602, todavía se reimprimieran algunos viejos títulos aparecidos en la primera mitad del siglo xvi (*Belianís de Grecia I-II* y

^{*} Este estudio ha sido posible merced al proyecto FFI 2014-53050-C5-5-P, subvencionado por el Ministerio de Economía y Competitividad. También he de agradecer la valiosa ayuda que me han prestado Nuria Martínez de Castilla, Sergio Moreno y Adalid Nievas.

Cristalián de España en 1587; *Amadís de Grecia* en 1596, *Primaleón* en 1598, etc.)¹, todo parecía indicar que las andanzas editoriales de estos caballeros de ficción prácticamente habían llegado a su fin cuando Miguel de Cervantes decidió darles el tiro de gracia con su *Quijote*. Esa era, como queda apuntado, la opinión generalizada hasta hace unos pocos años.

Sin embargo, ante ese panorama establecido, no dejaban de resultar sorprendentes la reedición de las dos primeras partes de *El caballero del Febo*, efectuada en Zaragoza en 1617, seguidas prontamente por la reimpresión de su tercera parte en 1623 –aunque redistribuida ahora como tercera y cuarta partes, para que el resultado final resultara más homogéneo–. Como responsable de todo el conjunto aparecía el librero Juan de Bonilla, que contó con el taller de Juan de Lanaja y Quartanet para realizar la impresión de la primera parte y con el de Pedro Cabarte para las demás. En todas ellas, una serie de características comunes (un mismo grabado y distribución de portada para las partes segunda y tercera; una distribución similar del texto en los cuatro volúmenes, una misma estructura y disposición para los epígrafes, unas mismas capitales, unas mismas cabeceras, etc.) daban cuenta de que se trataba de un único y ambicioso proyecto editorial desarrollado durante seis años, y la cantidad de ejemplares conservados de la serie en bibliotecas de todo el mundo hace pensar, además, que el resultado fue un éxito comercial rotundo². Independientemente de que estas nuevas impresiones se hayan contemplado en alguna ocasión como un desagravio a los caballeros de la Cofradía de San Jorge de Zaragoza, más o menos humillados en la segunda parte del *Quijote*, en detrimento de los caballeros de Barcelona³, su aparición y éxito dejan de manifiesto que, incluso después de la publicación de esta novela, los libros de caballerías seguían gozando del favor de muchos lectores. Algo parecido vendrían a demostrar los varios libros manuscritos copiados y, en algún caso, escritos en este mismo periodo, como *Selva de caballerías*, *El caballero de la Luna*, *Bencimarte de Lusitania* o, sobre todo, la *Quinta parte de Espejo de príncipes y caballeros*, conocida hasta el momento y que necesariamente se debe fechar con posterioridad a 1623⁴. Todas esas evidencias, tanto impresas como manuscritas, revelan en fin que, lejos de desaparecer por completo del horizonte de lecturas del

¹ Para cuanto se refiere a antiguas ediciones de libros de caballerías, véase Eisenberg y Marín Pina (2000).

² A los numerosos ejemplares reseñados por Eisenberg y Marín Pina (2000, 324, 330 y 332) hay que sumar cuatro juegos completos más: uno, que había pertenecido a Isidro Bonsoms, finalmente localizado en la Biblioteca Nacional de Catalunya, Barcelona (Bon 9-IV-16 y 17); otro en la Biblioteca Xeral da Universidade de Santiago de Compostela (12903 [1 y 2]; 12904); otro en la Biblioteca Nazionale Universitaria, Turín (F*.i.26 y 27), y otro en la Österreichische Nationalbibliothek, Viena (65.Q.19 1-2 y 3-4). Hay también otros ejemplares sueltos no recogidos en ese repertorio: de la primera parte (Österreichische Nationalbibliothek, Viena: *48.P.29); de la primera y la segunda (Biblioteca Histórica «Marqués de Valdecilla» de la Universidad Complutense, Madrid: Res. 890); de la tercera y la cuarta (Biblioteca Nacional de Portugal, Lisboa: Res. 225A).

³ Cfr. Eisenberg (1995, 23-24).

⁴ Para cuanto se refiere a los libros de caballerías manuscritos, véase Lucía Megías (2004). Para la *Quinta parte de Espejo de príncipes y caballeros* conocida hasta el momento, véase Lucía Megías (1998). Elisabet Magro García prepara actualmente la edición de esta última obra como tesis doctoral, bajo la dirección de José Manuel Lucía Megías.

primer tercio del siglo xvii, los libros de caballerías siguieron gozando del aprecio de un amplio sector del público bastantes años después de la publicación del *Quijote*, que teóricamente había acabado con ellos.

Es precisamente en ese contexto, en el que este género sigue gozando de cierta vigencia, en el que cobra pleno sentido la aparición de dos nuevos libros de caballerías manuscritos desconocidos hasta el momento: una nueva *Quinta parte de Espejo de príncipes y caballeros*, distinta de la ya conocida, a la que sigue una *Sexta parte*. Ambas se descubren, finalmente, obra de Juan Cano López, un conocido escribano real bien documentado. Y valga adelantar que entre los datos más interesantes que depara el estudio de esos dos nuevos títulos destaca el que se deben fechar después de 1637 y quizá en los aledaños de 1640. Bien entrado, pues, el siglo xvii y llegando casi a su mitad.

La sorpresa del hallazgo, sin embargo, es bastante relativa. Además de que, como queda dicho, el gusto por la lectura de los libros de caballerías no desapareció sin más tras la publicación del *Quijote*, hay que recordar que el ciclo de *Espejo de príncipes y caballeros*, más conocido por el apodo de su protagonista inicial, *El caballero del Febo*, fue uno de los que se mantuvo más vivo en el imaginario popular español. Un búsqueda rápida entre los títulos más conocidos de diferentes ámbitos culturales del Siglo de Oro (literatura, historia, moral, etc.) revela más de sesenta menciones de los personajes de estos libros entre 1580 y 1695 (véase el Apéndice 1), y no cabe duda de que una búsqueda exhaustiva revelaría muchas más. Sus aventuras, además, pasaron pronto al romancero y al teatro⁵. Todo ello, sin olvidar que, desde todos esos campos, sus personajes saltaron repetidas veces a las cabalgatas festivas en todo el mundo hispánico⁶. Y dejando a un lado todas esas referencias literarias, los inventarios de librerías y bibliotecas nos demuestran documentalmente que fue un ciclo conocido en todos los ámbitos sociales y fácilmente accesible a un amplio número de lectores durante toda esa época⁷. El propio *Tesoro de la lengua castellana* de Sebastián de Covarrubias echó mano de este título cuando tuvo que definir los libros de caballerías⁸. Cuando ya casi nadie recordaba a Palmerín de Olivia, a Clarián de Landanís ni a Felixmarte de Hircania, Amadís y el Caballero del Febo —y quizá, en

⁵ Lucas Rodríguez, *Romancero historiado*, pp. 168-188, aunque otros de esos poemas también circularon en compendios manuscritos, como demuestra el *Cancionero del bachiller Jhoan López*, I, pp. 47-48. En el teatro, destacan el auto *El caballero del Febo* (c. 1630), de Juan Pérez de Montalbán (a veces atribuido a Francisco de Rojas Zorrilla), y las comedias *El caballero del Sol* (1617), de Luis Vélez de Guevara; *Querer por solo querer* (1622), de Antonio Hurtado de Mendoza; *El castillo de Lindabridis* (1661), de Pedro Calderón de la Barca o *El mérito es la corona* (1674), de Agustín de Salazar y Torres. Véanse, sobre estas cuestiones, los estudios de García de Enterría (1985-1986), Baranda (1997), Marín Pina (1997) y Demattè (2005).

⁶ Véanse, entre otros muchos festejos que se podrían aducir, los de Baeza en 1618; México en 1621, y Barcelona en 1633 que mencionan, respectivamente, Lucía Megías (2007, 336), Astrana Marín (1948-1958, VII, 502) y Givanel Mas (1915, 17).

⁷ Véanse solo, entre otros muchos posibles, los trabajos de Catalá Sanz y Boigues Palomares (1992, 60), Bolaños Donoso (2007, 24), Weruaga Prieto (2008, 257 y 379), Díez Borque (2010, 119, 123, 142 y 144). Se pueden completar y actualizar con la consulta del portal *IBSO: Inventarios y bibliotecas del Siglo de Oro*.

⁸ Véase el Apéndice 1, núm. 9.

menor medida, Belianís de Grecia— mantuvieron entre los lectores del siglo xvii la imagen de los viejos héroes de los libros de caballerías⁹. Desde este planteamiento, pues, la aparición de dos nuevas continuaciones para un ciclo caballeresco tan famoso no viene sino a confirmar un éxito y una vigencia más que conocidos.

Descripción del manuscrito

Las dos nuevas partes han llegado hasta nuestros días en los folios del manuscrito 24 del Archivo y Biblioteca del Ministerio de Asuntos Exteriores, en el Palacio de Santa Cruz de Madrid¹⁰. El códice está compuesto actualmente por 472 folios, más varias hojas de guarda al principio y final del volumen. Está foliado en el margen superior derecho de cada hoja recta en época coetánea en números arábigos y con tinta negra (ff. 1-473). Esta foliación presenta algunos errores: no se numera el f. 3 y falta el 4 (sin que afecte al texto); el vuelto del f. 20, en blanco, se había pegado antiguamente por medio de obleas al recto del folio siguiente (entonces sin numerar, pero modernamente numerado a lápiz como 20b), también en blanco (aunque eso tampoco afecta al texto, que no se interrumpe); se ha borrado el número del que sería el f. 28 (aunque, por el envés, todavía se puede ver un 31) y se salta de ahí al 32 (aunque se ve que se han arrancado varios folios, tampoco falta texto); el f. 83 se había numerado previamente como 82, 85 y 86, números que aparecen tachados; el f. 340 y el f. 342 se numeraron previamente, acaso por simple descuido, como 330 y 332; aparecen dos folios 416 y el f. 429 se había numerado previamente como 428. La mano que realizó esa foliación es la misma que escribió el resto del libro, incluidos sus ladillos, y que anotó, al final de cada parte, cuántos capítulos la componían (véase, más abajo, el apartado dedicado al copista).

El soporte del cuerpo del manuscrito es el papel (c. 317 × 213 mm), que no presenta un guillotinado homogéneo. De color amarillento, presenta una filigrana: una cruz inscrita en una lágrima invertida, similar aunque no idéntica a muchas otras bien documentadas en España, Italia y Francia entre los últimos años del siglo xvi y los primeros del xvii¹¹. Aunque de mala calidad, el papel se conserva en relativo buen

⁹ Por todo esto no parece fundada la sorpresa de Márquez Villanueva a la hora de comentar los poemas preliminares del *Quijote*: «No sabemos, verbigracia, por qué Cervantes echaría mano de caballeros tan poco agradados como don Belianís de Grecia o el del Febo» (1995, 148).

¹⁰ Una primera descripción del manuscrito, bastante desaliñada, la ofreció Santiago Rodríguez (1974, 253-256). Quiero agradecer desde aquí a doña Cristina González Martín, a doña Pilar Casado Uso, a doña Ana Isabel Cerrada Jiménez y a don Juan Carlos de Miguel Rodríguez, en el Archivo y Biblioteca del Ministerio de Asuntos Exteriores, todas la facilidades que a lo largo de estos quince últimos años me han puesto para trabajar con este manuscrito. Hoy se puede consultar libremente en el portal del Ministerio de Asuntos Exteriores y de Cooperación a la sección Fondos digitalizados - Colección de manuscritos de Archivo y Biblioteca, a la siguiente dirección URL:

<https://fondosdigitalizados.maec.es/mainframe.asp?APPNAME=ID0001&TCMD=APPINIT&USER=Web_Manuscritos&PASSWORD=wm> (cons. 02/12/2016).

¹¹ Así, por ejemplo, en Siracusa (1583), Carcasona (1592), Perpiñán (1595 y 1596), Milán (1600), Turín (1606), Lucca (1617), etc. Véanse Briquet (1923, núms. 5684, 5687, 5688, 5690, 5703 y 5704) y Piccard (1981, núms. 653 y 654).

estado, a pesar de presentar numerosas manchas de humedad y tinta. Esta última, muy ácida, se ve por transparencia en muchos de los folios, dificultando la lectura del texto; en algunos casos corroe ligeramente el soporte.

Todo el volumen está escrito por una misma mano (son característicos sus trazos de la *s* final, de la *z* y de la *g*, por ejemplo) aunque en muy distintos momentos, en letra procesal con tendencia a itálica y con tinta negra, hoy marrón oscuro. Solo las llamadas de atención, en los márgenes (véase abajo), se podrían atribuir a otra mano. Los títulos de cada libro y la lista de personajes encantados en el Castillo de Marte (f. 422r) se escriben a línea tirada pero, en general, ambos libros se han escrito en dos columnas. Los títulos de cada libro, de cada capítulo y las primeras palabras de cada uno de estos aparecen escritos en un cuerpo ligeramente mayor que el resto, aunque al tratarse de un manuscrito claramente utilitario esto no siempre resulte uniforme. Los capítulos van precedidos de un calderón, igual que muchos de los poemas, epístolas, epitafios e inscripciones intercalados en el texto, aunque en otras ocasiones se enmarcan entre trazos verticales, a veces rectos y a veces ondulados. El fin de algunos capítulos o secciones adopta forma de *cul de lampe*; otras veces, se imitan adornos tipográficos. Como signos de puntuación aparecen puntos, dobles guiones (que suelen equivaler a un punto y aparte), unos cuantos signos de interrogación y muchísimos paréntesis.

Como no parece que se haya utilizado ningún sistema de pautado, tanto el ancho de las columnas como el número de líneas fluctúa notablemente, dependiendo del grosor de la letra y del espacio interlineal. La columna b del f. 168r llega a medir 62 mm de ancho, frente a la columna b del f. 104v, que llega hasta los 95 mm, pero la mayoría miden entre 70 y 80 mm de ancho. En consecuencia, el espacio entre las columnas también es muy variable. Igualmente, la columna a del f. 82v presenta 70 líneas de texto, en letra muy reducida, frente a las 35 de la columna a del f. 34r; dos casos extremos, aunque por lo general la mayoría suele presentar entre 40 y 45 líneas. En algunos folios (26v-32v) un ligero trazo vertical separa las columnas, dando al conjunto un cierto aire de regularidad. Al pie de cada columna, independientemente de que sea la primera o la segunda, tanto en el recto o en el verso del folio, se incluyen una serie de letras o incluso una palabra corta que hacen las veces de reclamo. Aunque, por lo general, se repiten en la columna siguiente, en muchas ocasiones no es así.

A partir del f. 5v, y con la excepción de los ff. 102r, 227r, 355r (los inicios de cada libro), a lo largo de todo el códice se repiten, centradas, idénticas cabeceras: «espeio de principes» en los folios vueltos, e «y cavalleros» en los rectos. Asimismo a partir del folio 3r y en todos los folios rectos aparece una pequeña rúbrica a pie de página, entre las dos columnas; al haberse girado el folio al poco de efectuarla, con la tinta todavía húmeda, en la mayoría de los casos también se ha estampado esta rúbrica en el folio vuelto anterior. Repartidos por todo el manuscrito, numerosos ladillos informan de los personajes que aparecen en los episodios («Genaro» 16r; «Rosilvera» y «Lucella» 22v; «Claridiano» [28v]; «G[igante] Floronte» y «G[igante] Bulsor» 32v; «Orelío» 55r; «Celia» 68v, etc.), del desarrollo de la acción («Batalla de Bravorante y Brufaldoro», 5v; «Prosigue» 83r; «Globo» 208r; «Babilonia» 219r; «Razonamiento del príncipe don Heleno» 222r; «Egipto» 261r, «Certamen» 267v,

etc.), de la relación de tal o cual pasaje con los otros libros del ciclo («Capítulo 14 de la 4ª parte» 101v; «Capítulo 5, 2ª parte» 132v; «16 libro, 4ª parte» 168v; «1º libro, 3ª parte» 244r; «capítulo 2º, libro 2º» 337r; «Capítulo 31, parte 4» 415r, etc.) o de las autoridades aducidas en el texto («In Civit[ate Dei]» y «fray Luis de Granada» 5r; «Oratio en su *Arte poético*» 82v; «Oratio: “Omne tullit etc.”» 83r; «El que no tiene pundonor no necesita de [*del.*: honra *corr.* honor]» 257v; «Homero» 402r; «Livio, III *Decada*» 405v; «Lucano, lib. 7º» 406r, etc.). Claramente desligadas de esos usos referenciales, y en numerosas ocasiones, en los márgenes aparecen también algunas correcciones que no se pudieron incluir en la interlínea. Asimismo, esporádicamente, manecillas, cruces y otros avisos («Nota» 62r, 77v, 79r, 112v, etc.) destacan un pasaje especialmente interesante. Estas últimas marcas son las únicas que parecen de una mano diferente.

Todo indica que la escritura del volumen se efectuó a la largo de un periodo de tiempo bastante largo. Además de que presenta diferentes trazados de letra, desde el más regular, claro y compacto hasta el más deshilvanado, que se podrían considerar indicios de diferentes momentos en su escritura, otros detalles permiten observar que el autor volvió frecuentemente sobre su escrito para corregir estilísticamente algunos pasajes, enmendar sus pequeñas equivocaciones (como el nombre de algunos personajes) o para ampliar algunas de sus secciones.

El volumen presenta una encuadernación moderna holandesa en media piel marrón y papel *scrotes romantique* de tonos marrones y ocre en los planos, y *caillouté* de tonos azul celeste en el interior. Aparenta ser de la segunda mitad del siglo xix y fue efectuada ya en la biblioteca del Ministerio de Estado. De costura muy apretada, la encuadernación no permite abrir correctamente el volumen e imposibilita el estudio de la estructura de los cuadernos. Al realizarse, se añadieron al manuscrito cuatro folios satinados de guardas de color ocre al principio y otros cuatro al final. Las tapas no presentan adornos ni filetes, y miden 327 × 216 mm. El lomo tiene un grosor de 65 mm y está decorado con siete finos dobles filetes dorados horizontales. Contando desde arriba, entre el segundo y el tercero se lee, en letras doradas «espejo | de principes | y cavalleros»; entre el cuarto y el quinto, «m.s.»; y entre el sexto y el séptimo, «ministerio de estado». En el espacio que quedaba entre el quinto y el sexto filete se ha pegado una pequeña etiqueta blanca y azul, con la signatura «M» escrita con bolígrafo azul y «24», en negro, marcado con un tampón numerador. Debajo de esta quedan las marcas de una etiqueta anterior, hoy desaparecida. Se ignora la historia de este códice antes de su ingreso en la Biblioteca del Ministerio de Estado (1833-1938), origen del actual Ministerio de Asuntos Exteriores. Muchos de los libros de ese fondo habían pertenecido previamente a la biblioteca de Manuel Godoy pero este, en concreto, no presenta su conocido ex libris ni ninguna otra marca de posesión, aparte los sellos de su actual biblioteca, ya de mediados del siglo xx.

Dos detalles de esta rápida descripción merecen un comentario detenido. En primer lugar, resulta significativo que la disposición de las columnas, el formato de la letra (al menos, en líneas generales), las cabeceras, los calderones y los ladillos, imiten un libro impreso. En ese mismo sentido, la rúbrica al pie de cada uno de los folios parece imitar la aprobación que realizaba un escribano en cada una de las hojas de un original preparado para la imprenta. Todo, en fin, indica que el manuscrito se realizó

para que imitara un libro impreso o, al menos, preparado para su impresión. No es difícil imaginar el motivo. Por un lado, así se convertía en un códice que se podría conservar junto a los otros libros del ciclo, concretamente los que se habían impreso en Zaragoza en 1617-1623, a los que claramente sigue en la disposición de la historia (recuérdese, a tal efecto, que siguiendo esas ediciones considera la *Tercera parte* de Marcos Martínez dos partes diferentes: la *Tercera* y la *Cuarta parte*). Resulta claro que son esas ediciones las que, con sus medios, intenta imitar, reproduciendo incluso sus mismas cabeceras. Por otro, aun y con todas las limitaciones que se desee, de esta manera, aparentemente se le confería al manuscrito la autoridad, el empaque de un volumen impreso; ya no parecía una simple obra de entretenimiento destinada a un uso puramente individual.

En segundo lugar, destaca la importancia de las numerosas correcciones y ampliaciones que presenta el manuscrito, labor que solo pudo haber realizado el autor de las obras, no un simple copista. Uno de los aspectos más valiosos que va a deparar el estudio de estas dos nuevas continuaciones es que, merced a todas esas enmiendas, se puede seguir el fielmente el proceso creativo de estas partes: la redacción inicial, su relectura y corrección, su ampliación, etc. Por un lado cuentan las revisiones más sencillas: simples retoques, enmiendas y pequeñas adiciones, que suelen aparecer a continuación de lo tachado previamente, entre líneas o, si no caben ahí, en el margen de los folios, compartiendo espacio con los ladillos. Se eliminan repeticiones, se matizan acciones, se corrige el nombre de algún personaje, etc. Valgan los siguientes ejemplos:

Estimulados desta verdad, en memoria de su valentía y desasastrado fin nacido de su mismo valor, no hallando andando en sus caballerías más sumptuosos teatros ni más oportunos en honra de sus trofeos por las incomodidades que los tiempos y [*del.*: incómodos *corr.*: desapacibles] lugares aparejan en fracasos [*add.*: intempestivos y] impetuosos, fueron por mi hijo Rosicler colgadas del árbol donde las halló el rey Brufaldoro (8r).

Si una mujer, por fiel criada o amando –que una y otro es [*add.*: fuerza de] amor–, se delibera a un negocio, por difícil que parezca a sus débiles fuerzas, bien podrá faltar por ellas, pero [*add.*: no] a sus peligrosas y extraordinarias diligencias (59r).

Le respondió que aquella dama era una señora ofendida de cierto agravio particular y así como ofendida, hasta recuperar su [*del.*: agravio *corr.*¹: pasado agravio *corr.*²: ofensa], como era ley de duelo, venía en aquel disfrazado hábito (100v).

Conociendo el caudal de su saber y el del docto [*del.*: Nabato *corr.*: Lupercio] y el de su maestro Selagio, temiendo alguna afrentosa venganza injusta de la justa justicia que a su depravada malicia se había hecho, el honor le incitaba a trastornar mares, aires y tierras remotas y lejanas a la suya (153r).

Sabida cosa es que el sol, con la potencia de sus ardientes rayos, de lo húmido de la sierra evapORIZA y desentraña lo más denso y polvoroso –que, por ser rareza, lo hace comunicable– hasta subtilizallo y convertillo en la elemental región media; de cuya natural influencia, contraria del ardiente y demasiadamente [*add.*: raro y] cálido que llama la filosofía ‘fuego elemental’, allí se congutina y condensa la nube que, con parte de natural y mucho más con milagrosa providencia, se convierte en agua (207v).

No lo ovo bien hecho cuando la columna [*del.*: se *corr.*: por sí se] transformó en una estatua de bronce muy alta y desemejada (242r).

Corajoso, se entenece y lamenta lo que a poderse remediar con los puños o posibles remedios de su caudaloso ánimo no puede ser, cuyos irremediables imposibles le obligan a lacrimosos sentimientos [*add.*: mayormente cuando concurren mujeriles lágrimas] (302r).

A un tiempo entraron en la gran tienda la gran sabia [*del.*: Fabia *corr.*: Medea], ya quitada la antifaz del rostro, y el sabio Lupercio (347v).

Ansí como allegó el príncipe donde estaba, le dijo [*add.*: prorrumpiendo feroz]: «¿Dónde va el desatinado?» (416 bis r).

Con no menos presencial respeto qu'el suyo le acompañó, haciéndolos abrazar y reconciliar en uno [*add.*: a lo amigable]. El sabio –sabio, al fin– Selagio dijo en público, para que lo oyesen los altos emperadores y demás príncipes y señores, hablando con el príncipe don Clarisel: «¿Hasta cuándo, príncipe soberano, habéis de tener suspendidos a tan altos príncipes, vuestros amigos?» (454r).

Excepcional es, sin embargo, que muy frecuentemente el autor volvió sobre algunos pasajes ya escritos y corregidos, y se complació en añadir, con letra de cuerpo menor y trazos más finos, nuevas fragmentos de texto en el espacio que le quedaba libre en la interlínea. Ya no se trataba tanto de corregir o adicionar lo que había escrito según su voluntad, como de ampliar algunas de sus secciones con más o menos segmentos de una extensión concreta: una línea de texto. Es, sin duda, una muestra de virtuosismo estilístico que solo en alguna ocasión tuviera que efectuar cambios mínimos sobre lo ya redactado, si bien hay que reconocer que, en la mayoría de los casos, esta actitud supuso lastrar su escrito con impertinentes incisos retóricos. En los siguientes ejemplos aparecen algunos de esos usos que, como queda de manifiesto, pueden abarcar pasajes más o menos extensos:

De aquí, pues nacen vuestros atrevimientos, computando vuestras fuerzas y miembros doblados con algunos [*add.*: amenguados, pusilánimes [*del.*: y] afeminados y] débiles hombres que os las sufren (20v).

No siendo vós el mensajero, también me doy a creer que nunca o tarde [*add.*: dexaremos sus amados padres y imperio de][*del.*: careceremos *corr.*: carecer]de su vista (43v).

Llegando a los airados príncipes, se ahinó en tierra, haciendo lo mismo los que le acompañaban, y sumisos pidieron en su lengua, [*add.*: con evidentes muestras de piedad, que] aplacasen su furia (93v).

Como decís, veo la cosa tan empeñada –no tanto en honrosa reputación como en tenacidad de todos– que lo hallo por cosa difícil, y tengo [*add.*: por cosa averiguada con larga y costosa] experiencia que entre los más de los humanos hombres han lugar las conveniencias y pasiones discordes, pero en llegando a encontrarse los sabios y doctos, a cada uno le parece que la sciencia que el arte le comunicó fue singularizalle y escogelle [*add.*: entre los vivientes, por singular y raro], el cielo y la naturaleza para deidad colocada en suprema hierarchía de los otros hombres (162v).

En el gran salón estaba, [*add.*: poco menos sosegado que con ánimo y aspecto corajoso y

vengativo], tratando de aquel [*add.*: en su concepto consultivo y decisivo] grave caso con algunos de su supremo consejo (222r).

Y es lo bueno que, pensando soldar tan evidente defecto si acaso son reprehendidos dicen, sin saber lo que se trataba, que no importaba nada [*del.*: lo que se trataba *add.*: la causa de lo interrumpido con su particular excusa frívola y necedad canónica], equiparando su particular pretensión al gusto y entretenido artificial supuesto de la respectable [*add.*: continua, cuando no lo mereciera, la agradable] conversación. Y, en fin, aun [*add.*: cuando el venerable atento se viciara,] que por la mayor parte los que [*add.*: lo estragan con envidia o intempestivos] en semejante yerro incurren son hombres que llaman ‘de castañeta’, o que no se les da nada por el bien o mal decir, quedan canonizados de la nota necia por la discreta consideración [*add.*: pues, según el Filósofo, aquel es entendido cuanto más se allega a la razón y verdad] (247v).

Brufaldoro, rey africano, tenía entendido bárbaramente que su fortaleza, [*add.*: absoluto poder con aplauso de sus súbditos] y naturales dones no eran debidos a otro dios que la naturaleza misma (293r).

Dadme vuestra bendición, con que [*del.*: me *add.*: seguro] prometo, con ella y el [*add.*: por mí adorado y reverenciado y] benigno cielo –que a él plego mostráreme propicio–, que saldré, no dubdo, bien del trance que se me ofrece (324v).

Pero no fue posible, a lo menos de los príncipes Lindauro, Corrado y demás camaradas, que como heridos leones fueron por besar las manos al príncipe don Clarisol y a la bella infanta Clarabella su hermana; los cuales y los sabios los rescibieron [*add.*: cordial, reverencial, amigable y] benignamente, encargándoles el secreto, y mucho más que descubriesen ser mujer la bella Clarabella (371v-372r).

Resueltos aquellos treinta y dos galeones a embestir a los de aquellas armadas innumerables, hecha señal de acometer, [*add.*: contiguamente juntos y apiñados] se metieron los treinta y dos entre una escuadra de más de cien bajeles, disparando los unos y los otros saetas, piedras, chuzos y lanzas, y otras armas arrojadizas y ofensivas, con grandes alaridos y gritas. Cuatro de aquellas gruesas naves enemigas [*add.*: del soldánico bando] se aferraron del gran galeón del Febo, donde iba el gran Bravorante almirante Rosicler con el grande Alfebo y otros extremados caballeros (429v).

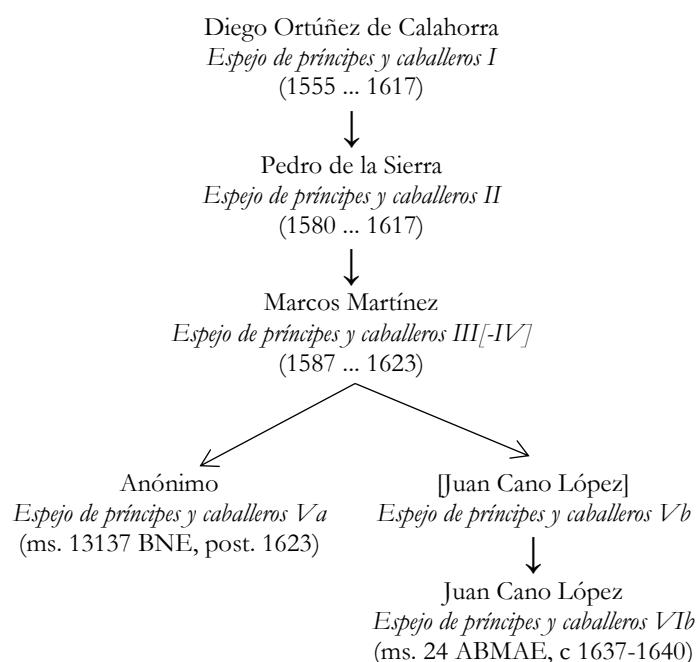
Tenía en sus manos una pesada y acerada porra, la cual esgrimía a dos manos con admiración particular. Ya le habían mostrado a su primo, [*add.*: el ínclito, grande y magnánimo] Bravorante, y por acreditarse con él, antes de le hablar, de intento se ponía a su lado para que atendiese a mirar sus proezas (458r).

Unas apostillas y otras, en fin, permiten acceder al proceso de gestación de estas obras. Y todavía se pueden aducir otros casos más interesantes. En efecto, en los folios [3r] y [28r], coincidiendo con esos extraños huecos en la foliación y con las hojas arrancadas de la primera parte del *Quinto libro*, se pegaron sendos pedazos de papel sobre los folios originales, con una nueva versión del texto que no permite leer lo que se había escrito previamente debajo. En otras ocasiones, y también únicamente en ese primer libro del *Quinta parte*, se tachó una columna entera (71v) o parte de ella (101v). En el del 71v, por ejemplo, el autor estaba a punto de narrar el duelo entre Claramante y Clarabel cuando se dió cuenta de que había olvidado describir la entrada en liza de este último, así que tacha todo lo escrito y, en el 72v, divisa sus armas y su mote y vuelve a incluir el inicio del duelo. En el 101v, en

cambio, decidió comenzar un nuevo libro, por lo que tachó el inicio del capítulo que había empezado a escribir. Todos esos fragmentos resultan ser especialmente valiosos pues, más allá de las correcciones y añadidos estilísticos de los pasajes anteriores, revelan de primera mano el proceso creativo de todo el conjunto. En suma, todos estos detalles parecen sugerir que, en un principio, el autor se limitó a redactar la *Quinta parte de Espejo de príncipes y caballeros*, quizá únicamente su primer libro, y que solo en un momento posterior se decidió a añadir la *Sexta parte*. Para eso, tuvo que volver sobre el texto que ya había escrito, suprimir algunos episodios y efectuar algunos cambios. En este sentido, estas dos obras ofrecen un fecundo campo de investigación, aquí apenas esbozado.

Dos nuevas partes para un ciclo caballeresco

Como queda dicho, estas dos nuevas continuaciones se han de contemplar a la zaga de las ediciones zaragozanas de 1617-1623. De ahí toman su numeración y un modelo de impreso al que imitar. Y su argumento, como es de esperar, da comienzo donde acababa esa *Cuarta parte*: las damas de la corte han sido raptadas misteriosamente, y todos en Constantinopla están pendientes del duelo entre Bravorante y Brufaldoro. Este sería, pues, el esquema argumental de todos los libros conocidos del ciclo:



Antes de proseguir, sin embargo, es importante discernir si las dos nuevas partes aquí estudiadas constituyen una o dos obras distintas. Todo indica, más bien, que se trata de un trabajo unitario. En un principio, como queda dicho, parece que solo se pensó en hacer una breve continuación, quizá solo el libro primero de la

Quinta parte, que es el que presenta mayores signos de alteración (errores en su foliación, tachaduras, hojas arrancadas, etc.). Sin embargo, sea llevado por su creatividad, sea por el deseo de imitar en todos sus detalles la impresión que le servía de modelo, el autor decidió finalmente redistribuir su trabajo y convertirlo en dos partes divididas a su vez en dos libros cada una. Quizá por eso Juan Cano López no especificó su nombre al frente de los dos primeros libros, pero sí de los dos últimos. Queda claro, sin embargo, que esa distribución en cuatro libros y dos partes es una mera convención. Los dos hilos narrativos principales que se habían dejado sueltos al final de la cuarta parte se resuelven en los dos extremos de estas obras: el enfrentamiento entre Bravorante y Brufaldoro concluye en los primeros capítulos, mientras el rescate de las damas raptadas se retrasa hasta el segundo libro de la *Sexta parte*. De hecho, el «Prólogo al lector» (Fig. 1) se refiere al texto árabe original como una obra «en dos tomos» (1r), sin especificar si estos se corresponden con libros o partes, pero lo más probable es que este se redactara cuando todo el conjunto estuviera acabado. Resulta significativo, por último, que, si bien hacia la mitad del primer libro de la *Quinta parte* una compañía de caballeros griegos parte de Constantinopla «en demanda de las robadas damas» (65r), finalmente acaba dirigiéndose a las justas de Roma y, de allí, a Silepsia, en socorro de la reina Eufronisa. Desde luego, no deja de resultar sospechoso que ese giro argumental casi coincida con la columna tachada del 71v y el baile de foliaciones del 83, ya mencionados. Es un tema al que habrá que prestar mucha atención cuando se empiecen a estudiar detenidamente estas obras.

En un primer momento puede parecer extraña la aparición de dos *Quintas partes* independientes —la ya conocida y la aquí presentada, seguida esta por una *Sexta parte*— para la misma obra pero, a pesar de considerar que ninguna de ellas llegó a imprimirse, por lo que la difusión de ambas debió ser bastante limitada, el hecho no viene sino a confirmar, una vez más, el prolongado éxito de este ciclo caballeresco. Desde ese planteamiento basta recordar que no es la primera vez que un relato de ficción famoso tuvo dos continuaciones diferentes. Restringiendo la búsqueda exclusivamente a los principales géneros narrativos del Siglo de Oro, entre los libros de caballerías merece recordarse *Clarián de Landanís* (1518), continuado independientemente por un segundo libro de idéntico título (1522) y por *Floramante de Colonia* (c. 1518-1524); entre los libros pastoriles, es bien sabido que la *Diana* de Jorge de Montemayor (1559) fue continuada, también de manera independiente, por Alonso Pérez (1563) y por Gaspar Gil Polo (1564), e incluso *Lazarillo de Tormes* (c. 1552) gozó de dos continuaciones autónomas: la anónima (1555) y la de Juan de Luna (1620). El fenómeno, además, no se ciñe a las obras fundacionales de un ciclo, pues fue la *Segunda Celestina* de Feliciano de Silva (1534) la que fue continuada primero por Gaspar Gómez de Toledo con la *Tercera celestina* (1536) y luego por Sancho de Muñón con su *Tragicomedia de Lisandro y Roselia* (1542). De esta manera, las dos *Quintas partes* de esta obra no parecen algo tan extraño, sino un fenómeno bastante habitual en la literatura de ficción y, desde luego, otra muestra indudable de un índice de popularidad bastante elevado durante el primer tercio del siglo xvii.

Cabe, incluso, una segunda interpretación: que el autor de esta nueva *Quinta parte* no quedara satisfecho con la antigua *Quinta parte*, por lo que decidiera ignorar el

trabajo de su predecesor y escribir una nueva continuación de la historia, retomando el hilo narrativo en el mismo punto que este había comenzado. Aunque hasta el momento no ha aparecido ningún indicio relevante de que así fuera, también de esta actitud se pueden aducir ejemplos anteriores, como muestra, sin ir más lejos, Feliciano de Silva, autor del primer *Lisuarte de Grecia* (1514), donde retoma el hilo de las aventuras amadisianas no al final de la obra de su predecesor, Ruy Páez de Ribera, autor del *Florisando* (1510), sino al final de *Las sergas de Esplandián* (c. 1496) de Garcí Rodríguez de Montalvo. Asimismo, no contento tampoco con el octavo libro de la saga, el segundo *Lisuarte de Grecia* de Juan Díaz (1526), continuó el primero con *Amadís de Grecia* (1530), al cual solo a regañadientes, y por exigencias de la imprenta, aceptó titular como «novenno libro» del ciclo amadisiano. Y también en el ciclo de los Palmerines se puede comprobar que el binomio *Palmerín de Olivia-Primaleón* (1511-1512) tuvo dos continuaciones: *Platir* (1533), para el que su autor, Francisco de Enciso, reescribió el final de la obra precedente, y *Palmeirim de Inglaterra* (c. 1540), escrito por Francisco de Morais sin tener en cuenta el texto anterior, aunque también modificó ligeramente el final del *Primaleón*.¹² Sea como sea, ambas posibilidades son una prueba indudable de la pervivencia y vigor del ciclo de *Espejo de príncipes y caballeros*, y de los libros de caballerías en general, precisamente hacia la época en que, según el punto de vista tradicional, había perdido el favor de los lectores.

Tradición y originalidad

Poco hay de novedoso en el argumento general de esta obra. En líneas generales, el primer libro de la *Quinta parte* relata el misterioso viaje de Arquisilora y Claridiano a la Gran Bretaña, donde, en un ambiente bucólico, por fin pueden dar rienda suelta a su amor, y la forma en que el malvado Astulfo intenta arrebatárle el reino a Eufronisa. Finalmente, la mayoría de los caballeros protagonistas coinciden en las justas de Roma y marchan juntos a Silepsia para reponer a la reina en su trono. El segundo libro comienza en Constantinopla, que sufre continuamente los encantamientos del mago Selagio. Los hijos de Claridiano y Arquisilora son encerrados en una torre de cristal, y solo podrán ser liberados por un caballero. Desde todo el mundo acudirán los mejores paladines en su rescate, y el autor relata las aventuras que viven muchos de ellos en su camino, y que les llevan al polo antártico, a Egipto y a diferentes islas del Mediterráneo.

La *Sexta parte* se centra, fundamentalmente, en las hazañas de una nueva generación de caballeros, sobre todo de Deifebo, hijo de Lindabel y Belarda, y de Clarisol y Clarabella, hijos de Claridiano y Arquisilora. En el primer libro, estos últimos son los protagonistas de la guerra contra Brufaldoro, que había traicionado la amistad de los caballeros griegos, de la guerra de Portugal, de la aventura del Castillo de Acero, de las Cueva de los Amantes y del Castillo del Ramo. El segundo relata las hazañas de Clarisol y Clarabella para conseguir el rescate de las damas de la corte, retenidas en el Monte Olimpo. Mientras tanto, Constantinopla es atacada por una

¹² Sobre todas estas cuestiones, aquí apenas esbozadas, véase Ramos (en prensa).

coalición de reyes paganos. El relato finaliza bruscamente al final de un folio, cuando está a punto de narrar el duelo entre Brocharte y Clorión, y es de suponer que ahí, con el fin del combate o su suspensión, concluiría el libro. Significativamente, el argumento llega a su fin casi en el mismo punto en que comenzó, pues Brocharte es primo de Bravorante y Clorión es el hijo de Brufaldoro.¹³

Como se puede comprobar en este apretadísimo resumen, no faltan los elementos propios de la mayoría de los libros de caballerías: grandes aventuras en los confines más remotos del mundo, transformaciones, gigantes, enanos, monstruos, magos, naves mágicas, palacios encantados, combates extraordinarios, anagnórisis, pruebas amorosas, etc. Tampoco faltan otros elementos más característicos entre los que ocuparon el imaginario caballeresco durante la segunda mitad del siglo xvi, como el destacado papel de las damas guerreras, las remisiones a la mitología clásica o unos velados ecos ariostescos, similares a los que ya habían aparecido en los títulos anteriores del ciclo. En las fiestas caballerescas y cortesanas no faltan las letras de justadores, y el texto se salpica de poemas de toda clase (sonetos, romances, canciones, letrillas, etc.), epitafios, inscripciones, carteles de desafío, razonamientos y arengas. Junto con su uso del entrelazamiento, todo concuerda con lo que se podía esperar de un libro de caballerías más.¹⁴

En esa misma línea de continuidad de motivos y tradiciones, en el prólogo general a ambas partes el autor afirma una vez más no ser tal, sino únicamente la persona que presenta a los lectores el contenido de un misterioso manuscrito antiquísimo en lengua árabe en el que se habían compilado las crónicas de diversos sabios historiadores, como Lirgandeo, Artidón, Galtenor y Lisardo, testigos presenciales de muchos de los episodios narrados. La letra era tan enrevesada que Juan Cano López solo pudo llegar a leerlo gracias al auxilio que le prestó «un grande alfaquí, que de su república estaba en esta corte —cifra del mundo— en negocios graves», y que era, además «gran romancista» (1r). Asimismo, lo presenta como una historia rigurosamente verídica, dato avalado por la antigüedad del testimonio: «Fielmente se tradujo y yo lo escribí, en que no puede haber dubda de la legal concordancia. Mayormente que, cuando su letra antigua y sudada no acreditaran su verdad y estimación, le hicieran crédulo el verle encuadernado en tablas y hojas de marca mayor, doradas ellas, y las hojas con cintas de nácar, y en funda verde de Damasco» (1r). El hecho de que aparezcan encantamientos, prosigue, tampoco resta un ápice de veracidad a lo narrado: «testigos son jueces y ministros de justicia, que cada día proceden contra hechiceros y brujos» (1r). Asimismo, las extraordinarias hazañas protagonizadas por los caballeros no son sino unos actos heroicos más, similares a los que se relatan de otros héroes en las «verdaderas historias» que todos aceptan, como los que aparecen «en la del famoso castellano Rodrigo Díaz de Vivar, cognominado el gran Cid Campeador; con la del gran capitán Gonzalo Fernández de Córdoba; García de Paredes; Céspedes en las *Guerras del levantamiento del Nuevo Reino de Granada*; Bernardo del Carpio; [...] don fray Prudencio de Sandoval, en su *Historia*

¹³ En el Apéndice 2 se reproduce la que sería la tabla de ambas partes.

¹⁴ Sobre las características generales del género y su evolución, véanse los completos panoramas que ofrecen Sales Dasí (2004) y Marín Pina (2011). Sobre todo el ciclo, véase Campos García Rojas (2002).

cesárea, del invicto emperador nuestro señor Carlos Quinto; [...] el maestro Florián d'Ocampo, Ambrosio de Morales, Gerónimo Zurita, Garibay Zamalloa, padre Mariana y otros generales y particulares historiadores» (1v-2r).

Si bien desde todos esos campos estas dos nuevas partes no aportan grandes novedades al ámbito de los libros de caballerías, no ocurre lo mismo con otros detalles. Y, desde luego, ahí radica uno de sus mayores atractivos.

Entre los más sobresalientes cuenta su diálogo con la tradición caballeresca anterior, sobre todo la española. Al igual que hicieron Francisco Barahona en *Flor de caballerías* (1599) o, en otro contexto, Gilbert Saulnier du Verdier en *Le roman des romans* (1626-1629), Juan Cano López retomó algunos personajes de los libros de caballerías anteriores, ajenos a su ciclo, y les otorgó un pequeño rol en su propia obra. Así, en el transcurso de las pruebas del Castillo de Marte, cuando la infanta Clarabella se enfrenta a las grandes guerreras de los tiempos pasados, al lado de personajes de la historia más o menos mítica, como la reina Semíramis, la amazona Pantasilea o la mismísima diosa Palas Atenea, aparecen las valientes Galercia y Pintiquinestra (400v), personajes arrancados, respectivamente, del *Policisne de Boecia*, de Juan de Silva y Toledo, y de diferentes libros del ciclo amadisiano, como *Lisuarte de Grecia* o *Amadís de Grecia*, de Feliciano de Silva.

Pero las mayores sorpresas en este ámbito de la intertextualidad las depara «el gracioso enano Morgante —que lo era por extremo, y muy entretenido—» (202r), escudero del príncipe Clarabel. Para empezar, su nombre y su naturaleza se convierten ya en una nota humorística, pues en la tradición caballeresca Morgante es el nombre de un gigante del ciclo carolingio. Además, resulta claro que esta perspectiva está buscada desde el primer momento, pues ya desde su irrupción en el relato el personaje hace un resumen de sus viejas cuitas amorosas por una giganta imbricada precisamente en ese ciclo:

—Discreto Morgante, ¿has sido enamorado?

—Sí, señor, y poeta por mis pecados, que parece que se llaman este arte o oficio el uno al otro como la sarna al rascar —perdone Vuestra Grandeza el estilo, que parece viene a pelo, aunque grosero—, y así digo que yo también me enamoré en un amor tan conforme. Que, habiendo leído el *Libro de Carlomagno*, cuando llegué a ponderar lo que hizo Amiota la giganta, esposa de Ferragús, alcaide de la Puente de Mantible, sobre haber muerto a su marido aquellos caballeros franceses que llamaron Doce Pares [...] desde entonces, digo, me enamoré de aquella valerosa giganta Amiota (203r-v)¹⁵.

Aunque, en efecto, algunos de los enanos de los libros de caballerías asumieron funciones similares a las de los bufones de corte, objetos de chanza fácil, la figura de Morgante las sobrepasa, pues la mayoría de las características del personaje parecen directamente inspiradas en las del escudero Sancho Panza. Por un lado, no le faltan las confusiones verbales típicas de su modelo. Así, por ejemplo, cuando habla de los caballeros de Carlomagno, se refiere a ellos como «aquellos franceses pares y nones» (203v). Asimismo, a las pocas horas de entrar al servicio de Clarabel se imagina prontamente recompensado por sus servicios, pero no como gobernador de una

¹⁵ Véase *Historias caballerescas del siglo XVI*, II, pp. 554-558. Con todo, cabe recordar que se trata de la esposa de Aufeón, no de Ferragús.

ínsula, sino con el oficio mucho más práctico y provechoso de regidor o alguacil de corte, para los que –según él mismo afirma– no es necesaria mucha inteligencia:

Por eso había el Divino Proveedor Dios proveído en la república de aquella corte dos oficios para tontos: o regidores o alguaciles de corte. El uno no necesitaba de inteligencia para su ejercicio, mas de votar por lo que el otro antecedente; y el alguacil, en más que de saber hacer una ejecución o de prender a un hombre. Ansí que príncipe, mi señor, si yo me casase con una gigantea que traigo en pretensión de la corte de Boecia, ya he echado mi cuenta de comprar regimiento. Pues, aunque parezca insulso y sin provecho –como, en efecto, lo es sin dubda usado bien aquel oficio, y cueste no lo que vale, por valer poco, sino mucho–, por eso se compra, con comprarle –más de necesidad que se necesidad–, autoridad de poder echar rumbo de galas, arancel de cortesías, coche, y titular a un bajo –por naturaleza y adquisita– hombre, siendo enano, de caballero regidor. Y es conocido de los carniceros y plaseras fruteras, y hay comisiones con buenos salarios, motivo envidioso del bien ajeno (204r)

En ese mismo enrevesado razonamiento, Morgante revela otra de las características más conocidas de Sancho Panza: su afición por los refranes y las frases hechas, y por ensartarlos uno detrás de otro.

Créame Vuestra Alteza, soberano príncipe que sé dónde me meta el zapato y que lo tengo todo bien experimentado, y que desde el príncipe hasta el más abatido vasallo todos somos hombres en nacer y morir y en achaques naturales comunes. Y yo, aunque enano, no me tengo en menos que otro; y alcanzo que mucho pretendo en cargos para imitar los réprobos que, no alcanzados, profesan virtud a costa de hipocresías. Y, como dice bien el refrán –con la segura ayuda de la dicha escasa–, la ocasión hace al ladrón, y el capeloso en la oferta blanda absconde la ponzoña. Y el mismo oficio ha muchas o pocas tretas, para las cuales no es necesaria filosofía. [...] Y preguntando a otros compañeros más versados y diestros –habituados desde su noviciado, aunque necios–, que semejantes oficios han usado, cursando cátedras del interés y aplauso se hace un hombre de bien –con gana de acertar– diestro engañador y ganacial, mayormente que con la golosina de adquirir y la segura granjería todo se facilita, y nadie nació enseñado (204r-v).

En paralelo a esos proyectos de enriquecimiento futuro, tampoco le faltan a Morgante reflexiones eminentemente prácticas, como la necesidad de dormir bien, sin desvelos amorosos, para descansar convenientemente, o la importancia de la cena y el desayuno en la vida diaria:

En este sitio conveniente para el natural y humano reposo qu'el antepasado cansancio pedía, aproximándose la noche, pidió el príncipe al gracioso enano de cenar, de que abundante y regaladamente venían en el barco proveídos, así por arte mágica como de lo que de Silepsia hizo prevenido matalotaje el enano (202v).

Confieso, señor, de parte mía, que semejantes desvelos pesados que decís no me desvelan de manera que no obren en mí libremente mis corporales sentidos, y ansí me ministran a tiempos convenientes las necesidades necesarias a la conservación de vivir. Causales a las más útiles de la comodidad propia, en tanto que la de acudir a vuestro principal servicio me da lugar. Ya yo estoy prompto a ensillar los caballos y a que, en desayunándonos, para esforzar lo frágil y débil sensible que solicita en mí –en especial luego que despierto– el apetito, caminemos o nos estemos quedos en este lugar, como mandedes; que, si necesario es, me atrevo a fabricar breve aquí capaz albergue para nuestras comunes y decentes comodidades, y huir las inclemencias del

invierno y verano (207r)

En otras ocasiones, simplemente se avisa de lo agudo de sus intervenciones, que distienden los momentos más sublimes con una nota de humor. Así, cuando la corte de Boecia celebra con una gran cabalgata el rescate de la princesa Poncilena y el matrimonio con su libertador:

De cuando en cuando el entretenido Morgante, con sus donaires, entretenía al príncipe su señor y a aquellas altas señoras; unas veces tomando materia política de los cocheros de la carroza, preguntándoles si eran gallegos, y por sus edades, cartas de examen de el oficio y otras cosas de gusto y entretenimiento, con lo que la princesa —y con la vista de su príncipe, tan valeroso como agraciado, y tan agraciado como a su voluntad rendido— iba muy ufana (253r)

O cuando un disforme enano, enviado por el sabio Merlín, irrumpe en esas mismas fiestas acompañado de un temible salvaje y solicita para su señor las armas del príncipe Torismundo de España:

En aqueste trance hubo un rato entretenido, porque el enano Morgante, con mucho donaire, preguntó al enano, que vestidas traía las armas de su amo el príncipe —por causarle menos peso que trayéndolas liadas—, que si era armado caballero, a que le respondió el enano, vergonzoso, que no lo era; ofreciéndole Morgante, si quería recibir el orden de caballería, que él se la daría. El cual respondió que no había nacido con bríos tan alentados que pasasen a más impulsos de ser hortelano cerca de la fuente de Merlín, en una aldea; sobre cuyo ministerio le hizo otras preguntas entretenidas hasta darle las armas de Torismundo, con que se fueron él y el selvaje, dejando toda la gran sala en gustos[í]sima fiesta por lo principal della (253v-254r)

Es importante resaltar, en ese sentido, que el príncipe Clarabel advierte prontamente y con gran sorpresa que, entre los múltiples disparates que dice continuamente su enano, se entretejen abundantes dosis de discreción. Por eso le solicita su ayuda, y le ruega que le sirva de contrapunto racional y práctico en sus arrebatos caballerescos:

Admirado, pues, el discreto y virtuoso príncipe Clarabel de los disparates con aparentes conciertos —y, para muchos, concertados—, de aquel su enano Morgante, respondiéndole, [...] le dijo:

—En mucho más te estimo, amigo Morgante, y al sabio que te envió para ministrarme. Agora, pues, vengo a entender lo que había, dudando, imaginado: que qué causa podía mover al sabio que tal bien me hizo —que lo reconozco por tal— en enviarme tal servidor, siendo cosa no acostumbrada en semejantes amigos sabios, cuando algo nos envían, no empero enviarnos quien nos ministre, no siendo sin algún particular misterio. Y con el que en tu saber se asegura y encierra, ya más comunicado, el sabio me da a pensar que en ti me enviaba, cuando no su sustituto, un pedagogo, ayo, maestro y un verdadero amigo en mis tristezas. Téngole en mucho, y a ti en mucho más, y estoy a él y a ti bastantemente agradecido. En lo que comenzaste y aquel me advertiste de que me recate en mis demostraciones y sentimientos amorosos evitando la nota pública, está bien. Y así, para que veas cómo desearé corregirme en orden a tu doctrina y mostrarme más dócil que tenaz, siempre —de aquí adelante te mando— que me veas irme despeñando —que puede ser con la violencia de responder o so afecto de accidental amor—, me harás una seña, tirándome de la espada o, si te pareciere alta, de las grebas estando armado o calzones no lo estando, para que, entendiéndola, me reforme a tu corrección (205r-v).

Todos esos detalles (las trabucaciones léxicas, los refranes, las preocupaciones prácticas, el interés por los oficios reales, los razonamientos absurdos, su sentido del humor cazarro, la agudeza escondida tras los aparentes disparates o la amistad que, al fin, aparece entre el caballero y su escudero) parecen evocar la figura de Sancho Panza, visto ya como contrapeso del extremo idealismo de don Quijote. Se trataría, en efecto, de una imitación burda y tosca, muy desviada de la apreciación actual del personaje cervantino pero muy en consonancia con otras reelaboraciones que tuvo durante el siglo xvii.¹⁶ Pero junto a ese peculiar remedo del escudero también se podría percibir otro guiño similar al propio don Quijote de la Mancha. Así, cuando el príncipe Lindabel debe liberar de su prisión en el Castillo del Ramo al Sultán de Egipto, una ninfa le informa que eso solo será posible tras pelear a brazo partido

con un hombre robusto y luchador, traído a este lugar para este efecto de una provincia de la España Citerior que llaman Mancha, que se muestra visible y corporalmente al que con él viene a la peligrosa lucha. Y el caballero que le derriba es digno de que se le conceda entrada para la prueba del troncoso árbol que se ha de arrancar de raíz, y se baja el rastrillo de aquella levadiza puente francamente. Hasta agora, de más de dos años a esta parte, no han sido más de dos veces, las que han renovado el doloroso martirio del aflegido soldán, dos caballeros de los muchos que han luchado con el manchego valiente, que se llama por sobrenombre Maroto, y él ha derribado vergonzosamente más de ducientos en este tiempo. Y aunque estos dos con mañosas zancadillas le derribaron, no por eso salieron con la empresa de arrancar el arraigado árbol (178v-179r)

A lo largo de los folios siguientes, las alusiones a «Maroto el manchego», «el luchador manchego», «el robusto manchego», «el valiente manchego» o «el fuerte manchego» (179r-180v) se repiten incesantemente hasta la estrepitosa derrota de este. Tan machacona insistencia, con los orígenes manchegos del personaje, y tan curioso y vulgar nombre, terminado en «-oto» (frente al «-ote» final de don Quijote), desde luego, no pueden resultar casuales en un libro de caballerías escrito después de la obra que, en principio, había venido a acabar con todos ellos. Es importante destacar también que Maroto no lucha con armas, como lo hacen los verdaderos caballeros, sino con sus propias manos, «rastrero y mecánico modo para pelear» (179v). Todo el pasaje, pues, se puede contemplar como un divertido guiño literario, en el que un personaje de la ficción caballeresca se venga de otro personaje, don Quijote, que, desde el punto de vista de su autor, ni por asomo se podía considerar un auténtico protagonista de los libros de caballerías, sino un simple bufón risible con pretensiones de caballero. Resulta significativo, en fin, que uno de los principales atractivos de este nuevo libro de caballerías sea que adapte algunos de los detalles de la obra que con más ahínco los había criticado, creando así una suerte de diálogo literario, a medio camino entre la imitación, la parodia y la crítica, entre ambos textos.

Otra característica notable de estas dos partes, como se habrá podido comprobar en muchos de los fragmentos transcritos, es su peculiar estilo, recargado hasta el límite y plagado de incisos, y de incisos dentro de los incisos. Frecuentemente, ese virtuosismo retórico arruina algunas escenas o parlamentos que

¹⁶ Véase, por ejemplo, Salazar Rincón (2004, 213-228).

podrían resultar atractivos literariamente. El exceso en el ornato del discurso se eleva prácticamente en todos los folios, retorciendo hasta el límite la sintaxis. Y no es menor su pretensión desde el punto de vista léxico, pues en la mayoría de las ocasiones el autor prefiere las formas aparentemente más latinizantes para muchas de las palabras que utiliza («aequipara», «cognominado», «subceso», «asumpto», «dubdosa»...) y, cuando no, simplemente adopta un latinismo flagrante («exalto», por el *exaltus* latino, con su significado de «alabado, ensalzado»; «refusar», por el latino *refusare*, con su significado de «rechazar, evitar», etc.). Sea como sea, reviste el interés de que encarna un nuevo estado en el desarrollo estilístico de los libros de caballerías, que se va modificando paulatinamente desde los usos de la última prosa medieval castellana y los distintos rumbos de la narrativa renacentista hasta los aledaños de la prosa de componentes más barrocos y preciosistas.¹⁷ Es, en fin, el segmento que le faltaba al género para presentar todas las etapas en la evolución del discurso narrativo del Siglo de Oro.

Unida a su alambicado estilo, otra característica interesante de estas dos partes es que están plagadas de digresiones extra-argumentales. Como ya hicieran Ludovico Ariosto o Mateo Alemán, al principio o al final de la mayoría de sus capítulos, el autor, Juan Cano López, incluye largos excursos sobre diversas cuestiones (la moral, el amor, el buen gobierno, los ejercicios militares, la justicia, la decadencia de las costumbres, etc.), más o menos ligadas a lo narrado en cada instante, pero que para nada interfieren con el argumento. Actúan, más bien, como reflexiones personales al hilo del desarrollo de los acontecimientos. Así, la reticencia de Arquisilora hacia el cortejo de Claridiano le da pie a comentar cómo el amor suele herir con más fuerza a aquellos que con más ahínco se le resisten (10v); los cánticos que se entonan en los bautismos de los príncipes Bembo y Polifebo le permiten extenderse sobre el poder evocador y casi místico de la música religiosa (23v); los planes de venganza del mago Selagio le recuerdan que el odio en el corazón de un hombre es peor que el infierno (24r); el retiro bucólico de Arquisilora y Claridiano, volcados en su amor, le permiten evocar las excelencias de la vida sencilla y sin preocupaciones (37r), etc. Hasta tal punto son continuas estas digresiones que en un momento dado el autor se ve obligado a explicar el motivo de esta actitud:

Siguiendo el parecer de algunos doctos, cultos y escolásticos varones, he usado comenzar los capítulos de lo agregado desta grande historia con exordios invictatorios o introducciones preambulares, epilogando con antecedentes en diferencia de lo relativo de que usaban los antiguos escriptores gigantes (183v).

El autor deja claro, así, no solo lo novedoso de su proceder, sino que —desde la perspectiva de la falsa autoría que trasluce en el «Prólogo al lector»— todas estas digresiones son verdaderamente suyas y no se encontraban en el manuscrito original árabe que finge traducir. Se trata, sin duda, de una muestra de orgullo creador. En consonancia con esta actitud, frecuentemente remite a las autoridades que utiliza para estos comentarios: de ahí que cite repetidas veces a Aristóteles, Tito Livio, Horacio,

¹⁷ Véanse, por ejemplo, los componentes del contexto estilístico narrativo esbozados por Bonilla Cerezo (2006).

Séneca, Lucano, Flavio Josefo, San Agustín o Petrarca, a los que añade algunos autores coetáneos como Alejo Venegas (c. 1497-1562), fray Luis de Granada (1504-1588), Francisco de Borja (1510-1572), Jerónimo Sánchez de Carranza (c. 1539-c. 1608), Jerónimo de Florencia (1565-1633) o Bartolomé Leonardo de Argensola (1562-1631) y Lope de Vega (1562-1635), de quienes menciona sendos poemas. En otras ocasiones aduce ejemplos clásicos o históricos, e incluso llega a referir algunas anécdotas extraídas de sus lecturas o vividas, casi pequeños cuentos, como argumentos que refuerzan sus ideas. Así, al explicar que los deseos de un príncipe nunca han de ser discutidos y siempre deben ser respetados:

No es fuera de propósito lo que un gran consejero d'estado dicen dijo entrando en el dicho consejo cierto criado privado de otro príncipe, diciendo que el príncipe estaba resuelto a hacer tal camino y que le había parecido consultallo con su consejo de estado, a lo que respondió el consejero: «Si el príncipe está resuelto a hacer ese camino, no hay para qué se trate de sus convenios o inconvenientes, sino del carruaje para su viaje» (38r)

En otra ocasión, para ejemplificar que la mejor estrategia del esgrimidor es atacar siempre por el centro y no desde los extremos, narra una divertida escena ocurrida recientemente en Madrid, protagonizada por un lacayo abusón y una valiente turrонера:

Dice un hidalgo que ha poco tiempo que él y dos capitanes, hallándose en las gradas de San Felipe de Madrid, vieron que un lacayo de cierto príncipe, hombre presumptuoso, robusto, feroz y bastantemente corpulento –requisito a tal oficio a su parecer y de otros semejantes competente, y a la acción que intentó este– allegó a una mesa de una mujer turrонера, a la cual tomó sin pagarla un pedazo de turrón. La cual sobr'ello le tiró una pesa de hierro, dándole con ella en las espaldas, en cuya venganza el furioso lacayo sacó la espada, con la cual, levantada en alto, fue a dar una cuchillada a la débil mujer. Y ella, qu'el cuchillo de partir su mercadería tenía en la mano diestra, para librarse de aquel espectáculo amenazante, se fue para el lacayo. Y tan presto como levantó el brazo derecho de su espada, la turrонера le asió con la izquierda mano de la guarnición, tan aferrada, unida a su descomunal fuerza, que junto con el cuchillo amenazante no le dejó ser diestro de sus acciones; y ni aun los capitanes y el que el caso refería no la podían desaferrar de la espada ni de impedirle a que con el cuchillo boto no le matase (110r)

Madrid es, en efecto, la ciudad en la que se sitúa Juan Cano López cuando efectúa todas estas digresiones, por lo que se puede afirmar también que es en esa ciudad en la que se escribieron estas dos partes. Allí es donde el supuesto alfaquí le habría ayudado a leer el original árabe y allí es donde se contextualizan las anécdotas que relata, como cuando refiere el extraño nacimiento de unos niños albinos: «negro y negra atezados han producido en Madrid, metrópoli de España, hijos totalmente blancos» (436r).

Las digresiones más interesantes, por supuesto, son las dedicadas a la reflexión sobre las obras literarias. En este sentido, es notable su atención por el mundo del teatro de la época. Este aparece mencionado desde el mismo prólogo de la obra, pues en sus primeras líneas se alude al famoso Sánchez, «el remendón de Madrid» (1r), quien hacia esos años se había convertido en el cabecilla del público de los corrales de comedias y podía hacer triunfar o fracasar una comedia el mismo día de

su estreno si esa era su voluntad. Asimismo, a lo largo de las dos partes se compara repetidas veces al público lector con los mosqueteros del teatro (1r), se alude a la triste manera en que los dramaturgos deben plegarse a los gustos de su público (82v) o se destaca la utilidad que presentan las comedias para transmitir una enseñanza moral de manera mucho más directa y efectiva que una simple enseñanza teórica (227r).

Como es de esperar, también incluye algunas reflexiones sobre la utilidad de los relatos de ficción, especialmente los caballerescos. En ese sentido, justifica el hecho de narrar casos terribles y espantosos porque su lectura puede esforzar el ánimo de quienes los leen (301v) o explica lo difícil que resulta escribir un libro de caballerías, dedicado a narrar hechos valerosos y sacrificados, cuando la mayor parte de los jóvenes caballeros de su época viven ociosos en la corte (327r).

Autoría y fecha

También son muy abundantes las digresiones (sobre cómo las leyes humanas son una copia de las leyes divinas, [28r]; sobre cómo todos deben acatar la justicia, 365v; sobre la necesaria imparcialidad de los jueces, 411r, etc.) y los detalles argumentales (procesos, investiduras, interpretaciones de una ley, etc.) relacionados con el mundo de la legislación. De hecho, la minuciosidad del lenguaje empleado en estos fragmentos permite suponer que el autor de estas dos partes, Juan Cano López, era un buen conocedor de las leyes y de los procesos judiciales.

Amaneció el siguiente día y, dándose unos a otros todos el común parabién, se trató de ayuntamiento público en público consistorio, juntándose abogados de ambas partes. Propúsose en primero lugar la causa detectable criminal cometida sin causa por los soberbios Barbarante y Lancharón, señores de aquella Ínsula Fortunata, en conquistar la Ínsola Fuerte siendo de ajeno y conocido señor, y tal señor como el príncipe Brandafidel, con legítimo y derecho título *ab initio* poseída y enseñoreada. Leyéronse las leyes señoriles de aquel político gobierno de unas y otras islas, y concordando con la causa se declaró por legítima la declarada sentencia. Pero como sea ordinario en malas conciencias de malos letrados, por sus intereses, engañando a los míseros y apasionados litigantes, formar letigios de lo justificado cuando aun no tengan otro provecho sino contradecirlo —que es un diabólico presupuesto de la tenacidad y malicia detestable— buscando por lo mucho que hay escripto —que no es poco inconveniente para pervertir la paz universal— argumentos —cuando no criminales y nocivos— frívolos para controvertirla, allegaron sofísticos (143r-v).

Ese dominio de la terminología específica y esa preocupación por el correcto funcionamiento de las instituciones jurídicas induce a buscar al autor en el ámbito de las leyes, el mundo de los letrados de Madrid, que es la ciudad a la que se refiere continuamente. De inmediato surge de entre los libros y documentos la figura del escribano real Juan Cano López, activo en esa ciudad entre 1609 y 1639 y bastante relacionado con los círculos literarios de la época, pues aparece en muchos de los documentos conocidos sobre Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo, Juan Pérez de

Montalbán o los corrales de comedias.¹⁸ Las coincidencias en el nombre, en su trabajo, en la ciudad en que escribe o en los círculos literarios en que se mueve son totales. Otro detalle vendría a reforzar esa identificación, y es que el autor se presenta ante sus lectores como un hombre de edad algo más que madura,¹⁹ y, en efecto, hacia la fecha en que se debieron escribir esas dos partes (véase más abajo), el escribano Juan Cano López se encontraba ya en el fin de su carrera profesional. Se trataría, pues, de otro letrado aficionado a los libros de caballerías que decidió pasar de la lectura a la creación, como Dionís Clemente (autor del *Valerian de Hungría*), Jerónimo Fernández (autor del *Belianís de Grecia*) o Marcos Martínez (autor de la *Tercera parte de Espejo de príncipes y caballeros*).

Son varios los indicios que pueden servir para datar, siquiera de forma aproximada, estos dos nuevos títulos. El termino *post quem* debe ser 1637 pues, al tratar de las desmedidas exigencias del público en los corrales de comedias (82v), se citan algunos versos de la «Égloga a Claudio» de Lope de Vega, poema recogido póstumamente en *La Vega del Parnaso*, que apareció ese año. Ciertamente, esta composición tuvo una edición independiente anterior, fechada hacia 1634-1635, y quizá una restringida circulación manuscrita en los años anteriores,²⁰ pero la manera en que Juan Cano López se refiere a su autor («después de tan larga vida como la suya») parece revelar que, para el momento de la mención, este ya había fallecido y el poema se percibía como un acto de arrepentimiento.

También resulta un buen indicio para fechar la obra el hecho de que, a lo largo de las dos partes, se manifieste un profundo encono hacia todo lo francés. Casi todos los personajes de esta nación aparecen motejados de gabachos, arrogantes, pusilánimes y afeminados. Asimismo, en los combates de la Aventura del Purgatorio de los Amantes, las infantas guerreras Clarabella, Clenarda, Lindaura y Polinarda derrotan humillantemente a los espectros de los pares Roldán, Oliveros, Montesinos y Durandarte (319r-321r). Posiblemente debe interpretarse todo ello como un eco de la guerra que enfrentó a ambos estados desde 1635 hasta 1659.

El término *ante quem* lo proporciona una alusión a las obras del jesuita Francisco de Borja antes de su canonización, hecho que se produjo en 1671. Entre esos dos extremos, 1637 y 1671, cobra especial importancia la alusión, ya mencionada, al maestro Sánchez, «el remendón de Madrid», que ejerció su tiranía escénica hacia los años cuarenta del siglo xvii.²¹ Una datación prudente, pues, situaría la redacción de estas dos partes entre 1637 y 1640, convirtiéndolas, así, en los últimos

¹⁸ Véanse solo Cotarelo (1907-1909, I, lxxx y II, xiv); Pérez Pastor (1910-1926, I, 439 y IV, 377); Agulló y Cobo (1967, 207); Varey y Davis (1997, 105 y 118); Garrido (2000, 474). El Archivo Histórico de Protocolos de Madrid conserva los protocolos notariales de Juan Cano López, escribano real, desde el año 1609 al 1639: tomos 3108-3115.

¹⁹ «Y yo digo, lector amigo, que –aunque no te toque–, si dijeres que te toca, con ella y la que yo te ofrezco te toques de modo que, si fueres de provecia edad, puedas cubrir tus tintes, y si presumido crítico mancebo, melifluo, afeitado, con guedejas, rizos y peto de cartón –con quien esta armígera obra es imposible hable–, la refuses, notes, censures y digas della y en ella como te parezca más útil a tu deseo» ([3r]).

²⁰ Véase Rozas (1983).

²¹ Lo mencionan, entre otros, Juan Caramuel en *Primus Calamus*, de 1668, y el padre José de Alcázar en su *Ortografía castellana*, de c. 1690; *apud* Sánchez Escribano y Porqueras Mayo (1972, 290 y 329).

libros de caballerías castellanos conocidos hasta el momento.

Es importante destacar este «hasta el momento» por diferentes motivos. Por un lado, porque a lo largo de estas dos partes se anuncian aventuras que nunca se llegan a emprender, de manera que se deberían relatar en nuevas continuaciones del ciclo. Y, en efecto, el propio Juan Cano López, encarado ya el fin de la *Sexta parte*, anuncia que piensa ponerse pronto manos a la obra para escribir la *Séptima* y la *Octava parte de Espejo de príncipes y caballeros*, en las que narrará, entre otras aventuras, los tortuosos amores de la infanta Eudemia y el príncipe Clarisol:

Mucha parte desto dicen estos compiladores sabios que tuvo este exalto encantamento, así que las damas que por él pasaron no pasaron los quilates de sus bellezas; antes bien, perficionándolas más sobre el hermoso timbre de su lozanía, salieron más lozanas y hermosas, pareciendo la niña infanta Eudemia un ángel del cielo, reconcentrándose desde el punto que se miraron ella y el príncipe Clarisol en un ser de merecer ser amados. Pero eso con tanta escaseza de favores cuales tan esquivos no los rescibió el príncipe Claridiano, su padre de don Clarisol, de la bella y presumida reina de Lira, Archisilora, madre del príncipe y infanta Clarabella, como en esta parte, y en la *Séptima* y *Octava parte* —para que, Dios mediante, prometo esfuerzos—, se dirá (423r).

Aunque prometer una continuación que nunca se piensa llevar a cabo había llegado a convertirse en uno de los rasgos genéricos imprescindibles en el mundo de los libros de caballerías,²² el dato, desde luego, merece tenerse muy en cuenta.

Por otro lado, no hay que descartar la posibilidad de que antes o después aparezcan otros textos manuscritos, hoy todavía dormidos en las bibliotecas más insospechadas. Tal y como se ha expuesto al empezar este estudio, todo parece indicar que, hacia la época en que se escribieron estas *Quinta* y *Sexta parte de Espejo de príncipes y caballeros* el género de los libros de caballerías permanecía vivo en los gustos de muchos lectores. Y parece que alguno hasta intentó llegar a la imprenta. En efecto, entre los papeles del Consejo de Castilla se conserva el expediente de aprobación solicitada por Antonio Prieto de Zabala en 1633 para la *Primera y segunda parte del príncipe Fenisbel, y cercados del desacuerdo*, también titulada por el sobrenombre de su protagonista *El caballero del Fénix*.²³ Los dos títulos que aparecen, el nombre del protagonista (que había aparecido ya en el *Florisel de Niquea* de Feliciano de Silva), el hecho mismo de que no se llegara a estampar durante ese periodo en que se prohibió la impresión de comedias y novelas, remiten a este ámbito. El propio censor de la obra, nada menos que Lope de Vega, afirmaba en su informe «que es lección agradable en que hay muchos ejemplos que pueden imitar los caballeros, así en la cortesía como en las armas», y el censor eclesiástico, fray Baltasar de Buitrago, destacaba su valor «para aprender y enseñarse el arte de buenos caballeros, y destas burlas y ensayos hacer hechos animosos y emprender imposibles, que a veces con el buen ánimo se vencen». En ambos casos, la apreciación de los censores se podría aplicar, sin problemas, a un libro de caballerías. De ser cierta la identificación propuesta, se convertiría en otro indicio de la pervivencia y aceptación de este género muchos años después de la publicación del *Quijote*.

²² Véase Ramos (en prensa).

²³ Bouza (2012, 109-110).

Apéndice 1

Algunas menciones de *El caballero del febo* (1586-1695)

Se recogen a continuación todas las alusiones a *El caballero del Febo* o a sus principales personajes localizadas hasta el momento en la tradición hispánica. El listado no es exhaustivo, ni mucho menos, pero el más de medio centenar largo documentado viene a dar buena cuenta de la popularidad y vigencia de este ciclo narrativo desde los últimos años del siglo XVI y a lo largo de todo el XVII. La reproducción de los textos, además, permite observar los variados enfoques que reciben esas menciones a lo largo del periodo: elogiosas, intrascendentes, genéricas, despectivas, etc. incluso equivocaciones y falsedades manifiestas. Resulta significativo, también, comprobar cómo muchas de estas menciones se efectúan en paralelo al *Quijote*, sin distinguir entre los libros de caballerías y la novela que se propuso acabar con ellos. Las citas se ordenan cronológicamente, aunque en algunas ocasiones es difícil precisar la fecha exacta de las obras que las contienen. Por razones obvias, se excluyen las incluidas en los diferentes *Quijotes* —tanto los de Miguel de Cervantes como el de Alonso Fernández de Avellaneda— y en las recreaciones y parodias de esas obras.²⁴ También se omiten las adaptaciones dramáticas y romancísticas del ciclo caballeresco original y su aparición en los primitivos repertorios bibliográficos.

1 1586
El caballero del Febo
 me acompañó desde casa.

Juan de Salinas, *Poesías humanas*, p. 120

2 1587
 Acabado este pleito, por cumplir lo que Vuestra Merced manda, he querido leer con atención la *Minerva*, Y antes de entrar adentro hallo por mi cuenta que contra el título se podría hacer un largo proceso, que a mí, a la verdad, siempre me dio en rostro un no sé qué que tiene de desgarro y del Caballero del Febo.

Minuta de Juan de Grial a Francisco Sánchez de las Brozas
apud. Asensio (1981, p. 75)

²⁴ Confróntese por ejemplo, Guillem de Castro, *Don Quijote de la Mancha*, en *Obras*, II, p. 340; Francisco de Quevedo, *Obra poética*, II, p. 461; *Entremés de las aventuras del caballero don Pascual del Rábano*, en Arellano y Mata Induráin (2005, 914); Juan de Matos Fragoso, Juan Bautista Diamante y Juan Vélez de Guevara, *El hidalgo de la Mancha*, pp. 28 y 148.

3 **1602**

Fray Atanasio Morante, antes de entrar en la religión, escribió *El caballero del Febo*, y en aquellas ficciones tan bien compuestas mostró su raro ingenio, aunque no es de loar emplearle en cosas semejantes.²⁵

Bernabé de Montalvo, *Primera parte de la crónica del Orden de Císter*, p. 306

4 **1604**

Otras muy curiosas, que dejándose de vestir, gastan sus dineros alquilando libros y, porque leyeron en *Don Belianís*, en *Amadís* o en *Esplandián*, si no lo sacó acaso del *Caballero del Febo*, los peligros y malandanzas en que aquellos desafortunados caballeros andaban por la infanta Magalona [...] les parece que ya ellas tienen a la puerta el palafrén, el enano y la dueña con el señor Agrajes, que les diga el camino de aquellas espesas florestas y selvas.

Mateo Alemán, *Guzmán de Alfarache*, II, p. 392

5 **1606**

Nunca Oriana em seu tempo com mais grandeza provou o *arco de los leales amadores*, ainde que levava consigo a senhora D. Brides e a senhora Dulcineia del Tobozo.

Thomé Pinheiro da Veiga, *Fastigimia*, p. 120

6 **1608**

Otros discretos y prudentes gustan y desean leer libros verdaderos, y de gastar el tiempo en ellos, y no en marañas patrañeras de que otros tienen apetito y reciben gusto, como de *Olivante de Laura*, *El caballero del Febo*, *El caballero de la Cruz*, *Don Quijote de la Mancha* y otros semejantes libros, de que no se saca fruto de buenos ejemplos para imitar lo bueno y huir de lo malo.

Diego Suárez, *Historia del maestro último que fue de Montesa*, p. 8

²⁵ Tan curiosa afirmación de autoría se ha venido repitiendo insistentemente en varias obras a lo largo de los siglos (véase, por ejemplo, Moliner, 2004, 53), aunque nunca ha sido considerada entre los estudiosos de los libros de caballerías. Por descontado, todo parece indicar que carece de fundamento. Fray Atanasio Morante tomó el hábito en el monasterio de Santa María de Nogales (León) en 1547, mucho antes de que apareciera la primera edición de *El caballero del Febo*, en 1555 (véase Muñiz, 1795, 235, y Castellanos de Losada, 1848-1868, XIV, 186-187). Con todo, la noticia da buena cuenta de la fama y vigencia de la obra, pues ni tan siquiera la rigurosa orden cisterciense parece querer renunciar del todo a ella.

7

c. 1609-1635

Y porque en otra parte, hablando del juramento que hizo el vizconde de Carcasona Bernardo Atto, tengo ofrecido explicar qué cosa fuese tomar orden de caballería, antes de pasar adelante es menester salir del empeño y palabra que di. Para lo cual, lo primero que digo es que si bien es verdad que muchos libros fabulosos como *Amadís de Gaula*, *Don Balianís*, *Caballero del Febo*, nuestro *Tirant al Blanch* y otros de este jaez y guisa parezcan de poco o ningún provecho, con todo —la verdad se diga—, si bien y atentamente se leen, hallarán los curiosos entretejidas y envueltas en sus patrañas algunas moralidades y cosas buenas, porque *bajo del sayal hay ál* y *bajo de un mal babadero hay algo bueno* y bajo de la tosca y ruda corteza suele haber una blanda, dulce y sabrosa medula. Y así digo que estos libros o sus autores, bajo de sus patrañas y fabulosas invenciones, hablaron en realidad de verdad del orden de caballería.

Jerónimo Pujades, *Crónica universal del principado de Cataluña*, VIII, pp. 116-117

8

c. 1610-1614

[MÚSICOS] La que sabe de memoria
a Lofraso y a *Diana*,
y al *Caballero del Febo*
con *Olivante de Laura*,
[...]
aunque más sepa de aquesto,
o sabe poco, o no nada.

Miguel de Cervantes, *El vizcaíno fingido*, en *Entremeses*, p. 166

9

1611

Libros de caballerías. Los que tratan de hazañas de caballeros andantes, ficciones gustosas y artificiosas de mucho entretenimiento y poco provecho, como los libros de Amadís, de don Galaor, del Caballero del Febo y los demás.

Sebastián de Covarrubias, *Tesoro de la lengua castellana o española*, p. 324

10

c. 1612-1620

Y si semejantes vanidades han de mover los ánimos de los españoles a seguirlos, como quiere esta persona, lean de aquí adelante al Caballero de Febo, Amadís, don Belianís, el Caballero de la Ardiente Espada, el de la Cruz, de Trapesonda, don Policisne de Boecia, Cirobante de Dinamarca, Traquitantos de Ponto, el Constantinopolitano rey de los godos, don Floriponesio de Hungría, al Gran

Almirante de la Valaquia, don Rolando, y si más modernas hazañas quisieren, ahí está don Quijote, que en la Mancha pasa tantas aventuras por defender la ley de caballero.

Carta de Pedro Mantuano a un desconocido
apud. Eisenberg (1982, 166-167)

11 y 12

1615

No con curioso deseo de ver esta grandeza, ni menos siguiendo los pasos del ingrato que la llevaba el alma (como algún tiempo, en la era de Amadís y del Caballero de Febo salían las damas), sino hurtando el cuerpo a la justicia, temerosa de pagar con las espaldas algunas travesuras que había hecho con las manos y con la lengua, llegó una dama de Andalucía.

Quedamos en que fuesen veinte mil escudos de renta los que aquella princesa napolitana, que estaba en el su castillo, con sus damas y doncellas, como si fueran las de la era del Caballero del Febo...

Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo, *Corrección de vicios*,
en *Obras*, I, pp. 67 y 235

13

MONTOYA ¿Sois la Infanta
Lindabrides, a lo Febo;
a lo Amadiseo, Oriana;
Gridonia, a lo Primaleón;
Micomicona, a lo Panza,
o a lo nuevo quijotil,
Dulcinea de la Mancha?

Tirso de Molina, *Amar por señas*,
en *Obras dramáticas completas*, II, p. 846

14

1617

Hallarás, pues, que como autor, sacerdote y solitario, no te pongo aquí ficciones de la *Selva de aventuras*, no las batallas fingidas del Caballero del Febo; no sátiras y cautelas del agradable Pícaro, no los amores de la pérfida Celestina, y sus embustes, tizones del infierno; ni menos las ridículas y desparatadas fisgas de don Quijote de la Mancha, que mayor la deja en las almas de los que lo leen, con el perdimiento de tiempo.

Juan Valladares y Valdelomar, *El caballero venturoso*, I, pp. 8-9

15

Haceos grande amigo de Séneca, porque en cualquier fortuna os mostrará a ser firme. Estas lecciones y otras tales os causarán contento y regalo, bien diferente del que ocasionan los Amadis, Febos y Orlandos; sueños profanos, mentiras y locuras

Cristóbal Suárez de Figueroa, *El pasajero*, II, p. 622

16

1618

El valeroso David, que fue tan sabio como valiente y tan valiente como sabio –porque él llevó la cátedra de prima de la sabiduría de Dios, siendo el más sabio y alumbrado de todos los profetas y siendo el más valiente de todos los Aquiles de Grecia y de todos los Hétores de Troya y el más gallardo y valiente capitán de todos los que en el pueblo de Israel hubo–, fue con esto un gusanito de madera; esto es, de los que en la madera se crían, que no de los que cría la tierra. Y con ser tal, fue tan valiente y bravo, que de un solo golpe mató ochenta valentísimos capitanes enemigos suyos. ¡Válame Dios! ¿Qué quiere decir esto? ¿Hay hazaña contada en esos libros profanos y de mentiras, de don Belianís de Grecia o del Caballero del Febo, que se iguale a esta?

Rodrigo de Loaysa, *Victorias de Cristo*, p. 38

17

1619

Ríense muchos de los libros de caballerías, señor maestro, y tienen razón si los consideran por la exterior superficie, pues por la misma serían algunos de la Antigüedad tan vanos y infrutuosos como *El asno de oro*, de Apuleyo, el *Metamorfóseos*, de Ovidio, y los *Apólogos* del moral filósofo; pero, penetrando los corazones de aquella corteza, se hallan todas las partes de la filosofía, es a saber: natural, racional y moral. La más común acción de los caballeros andantes, como Amadís, el Febo, Esplandián y otros, es defender cualquiera dama, por obligación de caballería, necesitada de favor en bosque, selva, montaña o encantamento; y la verdad de esta alegoría es que todo hombre docto está obligado a defender la fama del que padece entre ignorantes, que son los tiranos, los gigantes, los monstros de este libro de la envidia humana contra la celestial influencia que acompañó el trabajo y el vigilante estudio, de cuanto es honesto –como fue opinión de Pitágoras– fundamento y guía.

Lope de Vega, *El desconfiado*, ed. José Rodríguez Rodríguez, en *Comedias. Parte XIII*, I, pp. 732-733

18

1619

Dábame a ratos perdidos
—ya veo cuánto lo fueron—
a leer con mucho gusto
libros de Amadís, o el Febo.

Bartolomé de Segura, *Amazona cristiana*, 31r

19

1620

Como este caballero viandante, segundo don Quijote de la Mancha, aunque se parecía a Amadís y al caballero del Febo en las aventuras soñadas, no se les parecía en la cortesía y castidad, y la susodicha doña María tenía poco de Lucrecia, sin esperar a las bendiciones conyugales, ni aun a que se hicieran las amonestaciones, [...] remaneció, antes de los dos meses y medio, sin ser desposada, preñada.

Antonio Liñán y Verdugo, *Guía y avisos de forasteros que vienen a la Corte*, p. 240

20

1621

Fueron en esto los españoles ingeniosísimos, porque en la invención ninguna nación del mundo les ha hecho ventaja, como se ve en tantos *Esplandianes*, *Febos*, *Palmerines*, *Lisuartes*, *Florambelos*, *Esferamundos* y el celebrado *Amadís*, padre de toda esta máquina, que compuso una dama portuguesa.

Lope de Vega, *Las fortunas de Diana*,
en *Novelas a Marvia Leonarda*, pp. 27-28

21

[COSTANILLA] Es competidora suya
Marfisa, noble africana,
que también viene al torneo,
de celos y amor armada;
que hoy se ha deshojado el libro,
en el sevillano Alcázar
del Caballero del Febo,
si no de Amadís de Gaula.

Luis Vélez de Guevara, *Más pesa el rey que la sangre*, p. 75

22

¿1621?

La belleza de aventuras,
aquella hermosura andante,
la Caballera del Febo,
toda rayos y celajes;
ojos de la Ardiente Espada,
pues mira con dos Roldanes;
don Rosicler sus mejillas,
don Florisel su semblante
[...]²⁶

Francisco de Quevedo, *Obra poética*, I, p. 613

23

c. 1625

[BONETE] Cavallero soy del Febo,
que en aventuras tan raras
peleava y no comía.

Luis Vélez de Guevara, *El verdugo de Málaga*, p. 64

24

1626

Más alabanza mereció Virgilio por su *Mosquito* que Claudiano por su *Gigantomaquia*. ¿Quién habrá en el mundo, de sano juicio y mediana noticia de erudición, que no estime en más las *Ranas* de Aristófanes y Homero que los *Caballeros del Febo*? Pues aquéllas durarán con emulación a los siglos, y estos, como fábulas desproporcionadas y vanos encantamientos, perecieron con la vida de su autor, sin admiración ni agradecimiento de nadie.

Rodrigo Caro, *Días geniales o lúdicos*, II, pp. 259-260

25

1627

No quería sino discursos de ocioso y leyenda de bagamundos, y como trataba de embarazar la memoria y el entendimiento con escándalos de buen saber, ganó de comer y ganó de penar. No dio posada jamás a autor de la Letanía ni del Calendario; solo hospedó al Febo y a Esplandián y a otros tales.

Francisco de Quevedo, *Sueño del infierno*, en *Los sueños*, pp. 562-563

²⁶ Aunque el romance no está fechado, su tono burlón se puede relacionar con el gran escándalo que supuso la aparición en escena de María de Córdoba, por entonces amante del Duque de Osuna, a caballo y ataviada con una extraordinaria armadura, regalo del Gran Turco, a principios de 1621. Véase Cotarelo y Mori (1933, 7-8).

- 26 1629
COSME Aventuras leo
de Esplandián y Amadís,
de Febo y de Belianís.

Pedro Calderón de la Barca, *La dama duende*, p. 144
- 27 c. 1629
[CÉSPED] Hombre que con una espada,
entre muchas bizarrías,
puede esperalle Golías,
armado, una cuchillada;
hombre con quien fue Roldán
pollo, y un aprendiz nuevo
el Caballero del Febo
y un enano Esplandián.

Luis Vélez de Guevara, *El Hércules de Ocaña*, p. 52
- 28
[VIVERO] ¿Leyó la crédula dama
libros de caballerías
que osasen contar quimeras
tan indignas de creer?
Pues como cada mujer
juzga estas burlas por veras,
y agrada todo o nuevo,
y a cada dama en Medina
que tiene en vos imagina
un caballero del Febo,
un Artús, un Amadís,
y que si os llega a obligar
en dote le habéis de dar
tres o cuatro Potosís;
aumentáis este deseo
con las suertes que lograsteis
en los toros que matasteis
y en lo airado del torneo

Tirso de Molina, *La lealtad contra la envidia*,
en *Obras dramáticas completas*, IV, pp. 751-752

29

c. 1630

LOPE ¡Como quien no dice nada!
Sin duda, señor, que piensas
que el caballero del Febo
soy, o Belianís de Grecia,
pues a tales aventuras
me envías.

Lope de Vega, *Querer más y sufrir menos*, en *Obras*, IX, p. 65

30

HERNÁN ¡Gran cuchillada, mancebo!
BERNARDO ¡Oh, pesia quien me parió!
Parece que se la dio
el caballero del Febo.

Antonio Hurtado de Mendoza, *Cada loco con su tema*, p. 209

31

1633

VEJETE Capítulo: «Cómo estaba
el Caballero del Febo
aguardando en Dinamarca
unas justas y torneos
por las bodas de la infanta
Lindabridis, y de cómo
le envió el rey de Dalmacia,
su padre, para las fiesta
unas armas encarnadas».
[...]
«Llegó el bravo Caballero
del Febo a la celebrada
corte del Dinamarqués,
cuando por nubes de nácar
rutilante el sol salía
una muy fresca mañana,
en un caballo morcillo
que quitó al conde de Tracia
cuando le venció en Moscovia.»
[...]
Capítulo: «Cómo gana
el Caballero del Febo
todos los premios en ambas

fiestas, y quieren matalle
de envidia, y cómo una enana
dueña le libra del riesgo
y de palacio le saca».

Luis Vélez de Guevara, *El águila del agua*, pp. 197, 199 y 203

32

1635

Si tanto se recrea el común gusto con lo peregrino de los cuentos, lo enmarañado de los amores, lo temerario de la valentía, lo ingenioso de las trazas, lo quimérico de las aventuras, ni en cuanto el Bocacio, el Giraldo, el Bandelo y otros escribieron en toscano, Heliodoro en griego, en portugués Fernán Méndez Pinto, Barclayo en Francia, los autores de los Belianises, Febos, Primaleones, Dianas, Guzmanes de Alfarache, Gerardos y Persiles en nuestro castellano, pueden compararse —puesto que todos son patrañas— con los sucesos portentosos, raros y verdaderos destos tres sujetos.

Tirso de Molina, *Deleitar aprovechando*, h. [5r]

33, 34 y 35

1636

¡Oh, famosos varones cuyo valor es digno de eterno laurel y a quien unas lágrimas pusieron en mortal peligro por dar libertad a su duelo, hermosísima doncella! ¿Quién de vosotros se ha de casar con esta gallarda Lindabrides, princesa de alta guisa, de fermosura tan opuesta y lindeza tan sin par?

Perdonadme, rey invicto, y goce yo de vuestra mano libertad, no para probar mis fuerzas no con las horribles guardas del castillo encantado, sino para entregarme voluntariamente a la prisión en compañía de otros muchos príncipes y caballeros que han sido vencidos, aspirando al glorioso desencanto, que si estos, con ser de los más valientes que admita la Fama, a quien dio igual asiento entre los Amadis, Febos, Palmerines, Belianises y Esplandianes, han sido con afrenta vencidos al primer encuentro del invencible gigante Sacridono de Celesiria, guarda de la hermosa Rosidiana y de las otras encantadas doncellas, como cuando yo fuera tan valiente y afortunado que venciera este monstruo, podría vencer la segunda guarda, que es un bravo león, habiendo en vós hecho experiencia de mis desiguales fuerzas.

Aquí necesariamente ha de parecer en juicio el Turco y todo su imperio, sin perdonar a Mahoma y su zancarrón, con un tratado distinto de Alexandría de la Palla, de Italia y del imperio Romano. Contaranse las hazañas del muy famoso y esforzado caballero Rosicler, del Caballero del Febo y todos los caballeros andantes, y rematar con el enigmilla de *Quinque fratres eodem tempore nati etc.*

Cosme Gómez de Tejada, *León prodigioso*, 14r, 206r-207r y 290v-291r

36

c. 1636

MAJUELO ¡Oh, caballero de Febo!
Ya estarás por Lindabrides
almibarando deseos,
y con flamantes empleos
no me espantaré que olvides
la no vista Serafina.

Tirso de Molina, *En Madrid y en una casa*,
en *Obras dramáticas completas*, IV, pp. 1267

37

1637

Por Dios, señor Juan Pérez que, si va a decir verdad, yo no he visto cosa de gusto ni he entendido nada en lo que he leído. Si Vuestra Merced comprara al Caballero de Febo, Amadís de Gaula, Palmerín de Oliva, Don Belianís de Greçia y otros semejantes que tienen honra y provecho, y ver aquel valor de aquellos caballeros y aquellas hazañas tan famosas...

Ibrahim Taibili, *Contradicción de los catorce artículos de la fe cristiana*,
apud. Oliver Asín (1948, 111)

38

c. 1637

Es su mal el que padece
Claridiana, y ver podemos,
pues hay un ausente firme,
un ángel hermoso enfermo.

Antonio Hurtado de Mendoza, *Obras poéticas*, II, p. 166

39

c. 1637-1640

HERNANDO Bien doña Clara te ha dado
a entender que es doña Clara,
del gran conde Claros hija,
y nieta de Claridiana,
bisnieta de Claridante
y chozna de una garnacha
clarísima de Venecia,
según lo claro que habla.

Pedro Calderón de la Barca, *Antes que todo es mi dama*,
en *Obras completas*, I, p. 883

40

c. 1640

[GARCÍA]

Cosas

emprendes que al Caballero
del Febo el de Trapisonda
las dejó por escondidas
o las perdonó por locas.

Luis Vélez de Guevara, *Cumplir dos obligaciones, y Duquesa de Sajonia*, p. 13

41

c. 1640-1643

ANA

Quisieras,

mi bien, tú, que antes de verte,
entre hechicero y profeta,
adivinara en Italia
mi ventura y tu belleza,
y a pesar de Lindabridis
conservara su entereza
el Caballero del Sol,
reservado a la princesa
Claridiana o Clariluna.

Tirso de Molina, *Bellaco sois, Gómez*,
en *Obras dramáticas completas*, IV, p. 1397

42

1642

Don Clarisel de las Flores. Libro de caballerías y aventuras que puede competir con *Amadís de Gaula*, el *Caballero del Febo* y otros. Está dividido en tres tomos de crecido volumen, en folio, conservando los originales don Francisco Jiménez de Urrea en su copiosa biblioteca.

Juan Francisco Andrés de Uztarroz, «Elogio a la
memoria ilustre de don Jerónimo Jiménez de Urrea»,
en Jerónimo Jiménez de Urrea, *Diálogo de la verdadera honra militar*, h. [9v]

43

c. 1648

Bizarro sois sobre todos los del mundo; si os conocieran y alcanzaran los autores de los insignes libros de caballería, las alabanzas que dieron al del Febo y Amadís y otros muchos ilustres varones os las hubieran dado sin duda,

Discursos de la viuda de veinticuatro maridos, en *Curiosidades bibliográficas*, p. 517

44 1649

Notable hombre es Fachín, que le parezca que porque no sale de su aldea Lorenzo García no se puede llamar don Pompeyo de Aragón, de suerte que si saliese de su aldea bien se podría autorizar con aquel nombre, y dar a entender que era Caballero del Febo o don Quijote de la Mancha.

Ambrosio Bondía, *Triunfo de la verdad sobre la censura de la elocuencia*, 79r-v

45 1650

TACÓN Señores, el Caballero
del Febo era patarata
con este hombre; el juicio pierdo.

Agustín Moreto, *El parecido en la Corte*, p. 43

46 1652

De caballerías es
tanto a los raros sucesos
inclinado que le llaman
el Caballero del Febo.

Luis Nieto, «Romance», en *Academia que se celebró en siete de enero*, p. 3

47 1655

Tan presto que oyeron los embajadores aventureros esta palabra, «dama», luego conocieron que a ellos venía la pelota, y como caballeros del Febo, segundos don Quijotes, comenzaron a manifestar sus secretas y escondidas comisiones.

Marcos Fernández, *Olla podrida a la española*, p. 26

48 1656

Pueden las hazañas ser ilustres, pero no todas tienen parte en la virtud, basa y fundamento de la inmortalidad. En mi opinión, todos los poetas que cantaron de Apolo, Dafne, de Faetonte y de todos los dioses fabulosos de la gentilidad –no tocando en la pureza de sus escritos, que los hay maravillosos en lo literal–, fue lo mismo que cantar del Caballero del Febo, del don Belianís de Grecia y otros desa clase.

Antonio Enríquez Gómez, *Sansón Nazareno*, h. [2]r de preliminares

49

1663

Es plantarse en el campo y plaza pública del mundo mantener en desafío campal un defeto, culpa y mancha que ponen en las prendas de una persona que ni saben, ni entienden, ni alcanzan quién es; arrojo y temeridad que no la intentaron en sus fabulosos desafíos y duelos el Caballero del Febo, ni el de la Ardiente Espada, don Splendián o don Rogel, que siempre preciaron el hallarse de parte de la inocencia, pureza y limpieza

Pedro de Alba y Astorga, *Respuesta limpia a los papeles manchados que se han esparcido estos días*, pp. 273-274

50

1664

VIOLANTE ¿Pues por qué?
PIMIENTO Porque es un loco.
El caballero del Febo
no tuvo más aventuras.

Agustín Moreto (o Juan de Matos Fragoso),
La ocasión hace al ladrón, en *Comedias escogidas*, II, p. 367

51

c. 1665

[RATÓN] Las aventuras de Orlando
y el Caballero del Febo
son niñas de teta; ayer
tuviste por cama el suelo
y hoy te hallas en un palacio.

Juan de Matos Fragoso, Sebastián de Villaviciosa y
Francisco de Avellaneda, *Solo el piadoso es mi hijo*, [9v]

52

1668

Secundi autem generis sunt fabulæ, quæ a christianis ante annos centum scribebantur; ut *Amadeos de Gaula*, *Eques Phæbus*, *Rosicler*, *Ensis Ardens*, etc. quorum auctores, cum narrationes ita implicuerant, ut exitum habere non possent.

Juan Caramuel, *Primus calamus*,
apud. Sánchez Escribano y Porqueras Mayo (1972², 293)

53

c. 1671

SANSÓN

¿Qué quieres que diga,
señor, oyendo secretos
tan raros? Que casi, casi
todas las andanzas creo
de don Amadís de Gaula,
el Caballero del Febo,
don Florisel de Niquea,
de la zorra el testamento
y toda la Gatomaquia
con cuanto venden los ciegos.

Pedro Calderón de la Barca, *El Gran Duque de Gandía*, p. 124

54

1680

[MERLÍN]

En su familia criado,
creció con tanta soberbia
que es todo caballerías,
divisas, motes y empresas,
El caballero del Febo
con él fue un mandria, una dueña
Palmerín de Oliva, un zote
Arturo de Ingalaterra,
y en fin, Amadís de Gaula,
un muchacho de la escuela
y un niño de la doctrina
el gran Belianís de Grecia.

Pedro Calderón de la Barca, *Hado y divisa de Leonido y de Marfisa*,
en *Obras completas*, I, pp. 2100-2101

55

Esta fue la historia que llaman del Caballero del Febo, que no la refiero toda por
proseguir con mi viaje.

Pedro Cubero Sebastián, *Breve relación de la peregrinación
que ha hecho de la mayor parte de mundo*, p. 132

56 **1681**
Carteya arma los nietos de Argantonio, que fue rey riquísimo de vida humana porque vivió trecientos años, y Munda, conocedora del Febo Caballerizo, arma los tartesios para partir macedónicos trabajos a los italianos.

Francisco Sota, *Crónica de los príncipes de Asturias y Cantabria*, p. 284

57 **1685**
[Feliciano de Silva] vivió en Ciudad Rodrigo, y aprovechó sus ocios escribiendo la historia de *Don Florisel de Niquea* y la cuarta parte de *El caballero del Febo*, que entre las historias fabulosas –que en España se llamaron libros de caballerías– son de las que corrieron con mayor aceptación.²⁷

Luis de Salazar y Castro, *Historia genealógica de la casa de Silva*, II, p. 192

58
Antojos de un hombre que se sueña Caballero del Febo y, quitándoselos, se mira entre canastos y garabitos de la plaza.

Francisco Santos, *El sastre del campillo*, en *Obras en prosa y verso*, II, p. 43

59 **1688**
Dándose a conocer, aunque no es nuevo
que el agareno su poder conozca,
al caballero adelantó del Febo
verdaderas hazañas; los que enrosca
círculos escamados nunca al cebo
de la caza la sierpe desenrosca,
con más monstruosidad que en batallones
tropas Heusleres tiende de dragones.

Juan de Ovando y Santarén, *Orfeo militar*, 22v (F2v) de la segunda parte

²⁷ Tan curiosa noticia, que atribuye a Feliciano de Silva la autoría de la «cuarta parte» de *El caballero del Febo*, proviene de Nicolás Antonio (1672, II, 650). Fue recogida sin más por Gregorio Mayans y Siscar (*Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*, p. 83) y se repitió varias veces a lo largo del siglo XIX (véase Gómez de la Cortina y Hugalde y Mollinedo 1829, 242).

60

1690

GONZALO ¿Libros? Traeré a *Celestina*,
a *Amadís de Gaula* el viejo,
de caballeros espejo;
a la infanta Flordelina;
a don Belianís de Grecia,
silva de casos enormes;
a *Lazarillo de Tormes*
y deshonor de Lucrecia;
al Caballero del Febo;
Garcilaso de la Vega;
los amores de la griega
con el troyano mancebo...
IGNACIO ¡Tráeme alguno destos, presto!

Diego de Calleja, *El triunfo de la Fortaleza*, 276v

61

1695

Apología por el manifiesto y carta de María de Navas, la comedianta [...] Dedicála al Caballero del Febo.

Vázquez Estévez (1995, 522)

Apéndice 2

Tabla de la *Quinta* y la *Sexta parte de Espejo de príncipes y caballeros*

El manuscrito carece de índice, pero este listado de capítulos, con los folios en los que se inician, puede dar cumplida cuenta de su contenido y distribución. Como en el resto del artículo, los textos se transcriben siguiendo las normas habituales en la edición de textos del Siglo de Oro.

Prólogo al lector [Figura 1]

f. 1r

[V, 1]

Libro primero de la *Quinta parte de el Espejo de príncipes y caballeros*, donde se cuentan los altos y memorables hechos de los hijos y valerosos nietos del ínclito emperador Trebacio y de los sublimados príncipes y caballeros, así de su gran corte y reino como de otros de la redondez de la Tierra; con las altas caballerías de las belicosas y bizarras damas [Figura 2]

Capítulo primero. Del grave y general sentimiento que causó en la gran Costantinopla el robo de las damas griegas, y del fin que tuvo la rigurosa batalla de entre los dos valentísimos paganos Bravorante y Brufaldoro.	f. 5r
Capítulo ·ii·. En el cual se trata cómo y en qué lugar se colocaron las armas de Bramorante, y amistades de Bravorante, su hijo, y Brufaldoro.	f. 7v
Capítulo ·iii·. De cómo la valerosa reina de Lira Archisilora salió de la corte del emperador Trebacio.	f. 10r
Capítulo ·iiii·. De cómo en la corte del emperador Trebacio fue echada menos la reina de Lira Archisilora, y lo que sobre ello y otras cosas avino.	f. 12v
Capítulo ·v·. De lo que a la reina de Lira Arquisilora y príncipe Claridiano subcedió en la casería del bosque del caballero Genaro.	f. 16v
Capítulo 6º. Del bautismo y casamientos de los príncipes Bembo y Polifebo.	f. 21v
Capítulo 7º. De lo que subcedió en Costantinopla en la fiesta de los batizos y casamientos de los príncipes Bembo y Polifebo.	f. 24r
Capítulo 8º. De la partida de Costantinopla del emperador de Roma Costancio, Soldán de Niquea, Rey de Silepsia y otros príncipes para sus estados.	f. 26v
Capítulo 9º. De lo que subcedió al príncipe Claridiano y a su esposa, la reina de Lira Aquisilora.	f. 36r
Capítulo 10º. De lo que pasó en las selvas de Grecia sobre el conocimiento del príncipe Claridiano y su esposa la reina Arquisilora, y quién era el Caballero de las Estrellas.	f. 43r
Capítulo 11. De lo que el emperador Trebacio y los otros príncipes hicieron sobre el conocimiento del príncipe Claridiano y la reina Arquisilora.	f. 50r

Capítulo 12. Cómo los emperadores de Roma, Soldán de Niquea y los otros señores aportaron a sus tierras, y lo que más avino.	f. 52v
Capítulo 13°. De cómo la reina Eufronisa escribió a los príncipes noveles del estado de su prisión.	f. 59v
Capítulo 14. De las fiestas que se celebraron en Roma y lo que en ellas avino.	f. 62r
Capítulo 15. De cómo salieron muchos príncipes de Costantinopla en demanda de las robadas damas y armas de el sabio Selagio.	f. 65r
Capítulo 16. Del fin que tuvieron las memorables justas de Roma.	f. 68r
Capítulo 17. De lo que subcedió en la corte romana pasadas las justas, y de cómo Celia dio su mensaje a los noveles caballeros.	f. 76v
Capítulo 18. De lo que avino al príncipe Orelío navegando de Silepsia a las islas Baleares.	f. 81r
Capítulo 19. De la memorable batalla naval de entre Claridiano y los demás príncipes griegos, con el príncipe Orelío y sus cuarenta gigantes y caballeros.	f. 85r
Capítulo 20. De lo que a los tres gigantes y tres caballeros, embajadores de los príncipes griegos, avino en la isla de Cerdeña.	f. 92r
Capítulo 21. De lo que subcedió en el reino de Silepsia después que el príncipe Orelío salió della.	f. 95r
Capítulo 22. De lo que subcedió al tirano rey Astulfo de Silepsia en las justas que en ella por su mandado se celebraban.	f. 98v

[V, 2]

Libro segundo de la *Quinta parte de el Espejo de príncipes y caballeros*, donde se cuentan los altos y memorables hechos de los valerosos hijos, nietos y biznietos del grande y poderoso emperador Trebacio, y de otros sublimados príncipes y caballeros, ansí de su gran corte y reino como de otros de toda la redondez, con las altas caballerías de las belicosas y bizarras damas. [Figura 3]

Capítulo primero. De la manera que fue puesta en posesión de su reino de Silepsia la infanta Eufronisa por los caballeros griegos.	f. 102r
Capítulo 2°. De los felices partos de las princesas Liriana, Rosamundi y otras señoras, con otros subcesos.	f. 104v
Capítulo 3°. De lo que avino en Costantinopla ido el sabio Galtenor, y cómo se probó la aventura de la Torre Encantada sobre la libertad de los infantes y el león alado.	f. 108r
Capítulo 4°. De la partida de los príncipes griegos de Silepsia, y de cómo se fue continuando en Costantinopla la prueba de la Encantada Torre.	f. 111v
Capítulo 5°. Cómo da cuenta el príncipe Leobello a su madrastra, la infanta Liriana, de quién sea, con lo que más avino.	f. 116r
Capítulo 6°. De lo subcedido al príncipe Rosicler en la navegación y demanda de la Ínsula Defendida.	f. 119v
Capítulo 7°. De lo que subcedió al príncipe Rosicler, rey Sacridoro y su compañía en la Ínsula Fuerte hasta poner en posesión della a Brandafidel.	f. 124r

Capítulo 8º. De las fiestas que se hicieron en la Ínsula Fuerte por la pasada victoria contra los gigantes Lancharón y Barbarante.	f. 129r
Capítulo 9º. De cómo se continuaron las justas de la Ínsula Fuerte, y del fin que tuvieron.	f. 136r
Capítulo 10. De lo que avino en la Ínsula Fuerte pasadas las fiestas de las justas.	f. 141r
Capítulo 11. De las nuevas que en el monte de la Ínsula Fuerte vinieron al príncipe Rosicler, y bodas del rey Bramidoro y su primo Tefereo con Brandalia y Noronta, hermanas de Brandafidel.	f. 147v
Capítulo 12. En que se da cuenta de la que da la sabia Fenicia al sabio Galtenor sobre la causa que le llevó a su morada.	f. 153r
Capítulo 13. Del fin que tuvo la aventura del Castillo de la Sciencia en los antípodas con los príncipes Claramante, Claridiano y Rosabel.	f. 160r
Capítulo 14. En que se da fin a la aventura del <i>Libro de los contrapuestos</i> de Merlín, ganado por Galtenor a Lupercio, que queda encantado, y lo que más avino.	f. 165v
Capítulo 15º. De lo que avino en el Imperio de Babilonia a los príncipes don Heleno de Dacia, Bembo, Bravorante y Polifebo de Tinacria.	f. 172r
Capítulo 16. De cómo el príncipe Lindabel intentó el encantamento del Soldán de Egipto, llamado del Ramo.	f. 177r
Capítulo 17. De la respuesta que dio el príncipe Lindabel a la maga Amaranta, y del fin que tuvo su encantamento del Castillo del Ramo.	f. 183v
Capítulo 18. En que se prosigue el diálogo entre la infanta Belarda de Egipto y su criada Melisa, y salida del príncipe Lindabel de la encantada morada de la sabia Amaranta.	f. 189v
Capítulo 19. De la ida del príncipe Lindabel de los palacios de la sabia Amaranta, y el sentimiento que su partida causó en el Soldán de Egipto Alpatrafo y la infanta Belarda, su hija.	f. 195r
Capítulo 20. De la aventura que se ofreció al príncipe Clarabel estando con su madre la reina Eufronisa en Silepsia.	f. 199r
Capítulo 21. En que se prosigue la plática de entre el príncipe Clarabel y Morgante, su enano.	f. 204v
Capítulo 22. De lo que subcedió al príncipe Rosicler y sus compañeros navegando de la Ínsula Fuerte a Costantinopla.	f. 210r
Capítulo 23. De la respuesta que dio al emperador Alfebo el gigante Floronte, y de la reñida batalla naval que con él y su gente hobo el Emperador y sus amigos.	f. 215r
Capítulo 24. De lo que avino en la gran ciudad de Éfeso, con el gran Soldán de Egipto, a los príncipes Daciano, Bravorante, Polifebo de Tinacria y Bembo, príncipe de Acaya.	f. 220r

[VI, 1]

Sexta parte de Espejo de príncipes y caballeros, en dos libros, donde se tratan los altos hechos del emperador Trebacio y de sus caros hijos: emperador Alfebo, ínclito Rosicler, ya rey de la Gran Bretaña, y de los esclarecidos príncipes Claramante y Polifebo, y del muy

excelente príncipe Claridiano, hijo del mismo Alfebo y de la hermosa y
belicosa emperatriz Claridiana, su mujer, y del sin par don Clarisol,
príncipe de Lira, y infanta Clarabel[la], hijos de los sobradichos
Claridiano y de su esposa, la bella y belígera reina
Arquisilora, con las proezas de otros exaltos
príncipes, caballeros, bizarras
y belicosas damas [Figura 4]

Compuesto por Joan Cano López, natural de la villa de Morata

Libro primero de la *Sexta parte de Espejo de príncipes y caballeros*

- Capítulo primero del Primero libro de la Sexta parte. De el fin que tuvo la
reñida y temerosa batalla que hobieron entre los príncipes Claridiano y
Bembo con los fieros gigantes hermanos Floronte y Bulfor. f. 227r
- Capítulo 2º. De la contienda de entre los cincuenta caballeros del Soldán de
Babilonia con los siete caballeros griegos. f. 233v
- Capítulo 3º. De lo que avino al príncipe Lindabel en la aventura del
encantamento del Purgatorio de los Amantes. f. 238v
- Capítulo 4º. De la mensajería de la doncella del sabio Nabato al príncipe
Lindabel y a la infanta Lidia, y de su partida del Castillo de la Esperanza. f. 244v
- Capítulo 5º. De cómo el príncipe Clarabel y Morgante, su enano, fueron de la
fuente de Merlín la vuelta de Boecia, y lo que les avino. f. 249v
- Capítulo 6º. De lo que avino al poderoso Alfebo y los príncipes griegos en la
mar sobre el conocimiento del príncipe Lindabel y la infanta Lidia, su esposa. f. 255r
- Capítulo 7º. En que se da principio a las justas y fiestas de Costantinopla. f. 259v
- Capítulo 8º. De lo que avino al Caballero Vengativo con los dos caballeros del
monte, y de cómo fue por uno dellos armado caballero. f. 264v
- Capítulo 9º. De la rigurosa batalla que pasó entre el príncipe Lindabel y la
infanta Belarda, con nombre del Caballero Vengativo. f. 270r
- Capítulo 10. De la rigurosa justa y batalla de entre los príncipes Rosabel y
Clarabel, padre y hijo, sin conocerse. f. 274v
- Capítulo 11. De la educación y crianza de los infantes don Clarisol, Clarabella y
los demás sus contemporáneos. f. 278v
- Capítulo 12. De la cuenta que da la sabia Fenicia de quién sean el príncipe don
Clarisol y la infanta Clarabella, su hermana. f. 282v
- Capítulo 13. Del razonamiento qu'el novel caballero, príncipe don Clarisol, hizo
al emperador Alfebo en la junta que se hizo en el mar Asiático, y lo que más
avino. f. 288r
- Capítulo 14. De la reñida y peligrosa batalla de entre el rey Brufaldoro y el
príncipe don Clarisol. f. 292v
- Capítulo 15. De lo que avino en la ciudad de Cartago después de la muerte de su
rey Brufaldoro, y de lo que en la Ínsula del Acerado Castillo avino al
emperador Alfebo y su compañía. f. 296v
- Capítulo 16. De lo que avino a la infanta Clarabella en la aventura del Acerado

Castillo, en la ínsula de la sabia Medea.	f. 301v
Capítulo 17. Del memorable acaecimiento de la Ínsula del Acerado Castillo, al tiempo que della partió el emperador Alfebo y su compañía.	f. 306v
Capítulo 18. De lo que avino al emperador Alfebo navegando con los reyes Clarabel y Poncileña, la vuelta de la Ínsula Nueva sumergida a su imperio de Trapisonda.	f. 311v
Capítulo 19. De cómo las belicosas cuatro infantas, Clarabella, Clenarda, Lindaura y Polinarda, intentaron la aventura del Purgatorio de los Amantes.	f. 316v
Capítulo 20. Del fin que tuvo la aventura de los amantes Arsinio, Breño y los demás, por las infantas Clarabella y compañeras concluida.	f. 321v
Capítulo 21. Del fin que tuvo la peligrosa aventura del Castillo de la sabia Medea, que acabó el príncipe don Clarisol.	f. 326v
Capítulo 22. Del peligroso reencuentro que pasó en los Campos Lusitanos entre el príncipe Breño y el tirano Mendezalo.	f. 332r
Capítulo 23. De lo que subcedió en la gran corte de Costantinopla sobre la educación y crianza de los donceles Píndaro, Policena, Decia, Rosenia, Aspramonte, Grisalinda, Hispalión y demás compañeros.	f. 337
Capítulo 23 [bis]. De cómo el infante novel Deifebo prosiguió la aventura de la Torre del Jardín de Costantinopla, y lo que sobrello avino.	f. 338v
Capítulo 24. De la rigurosa contienda que tuvo el príncipe Leobello con la gente del rey Taranto, y lo que más avino.	f. 344v
Capítulo 25. De la muerte de la infanta Lidia y de otras cosas varias que subcedieron así en Costantinopla como en otras provincias	f. 350r

[VI, 2]

Libro segundo y último de la *Sexta parte de Espejo de príncipes y caballeros*, donde se tratan los altos hechos del príncipe don Clarisol, hijo del soberano príncipe Claridiano, hijo del poderoso e invicto emperador Alfebo y de su esposa, la esclarecida y belicosa emperatriz Claridiana, y de la esforzada y bella reina Arquisilora, madre del príncipe don Clarisol y de la belicosa y sin igual infanta Clarabella, y de las proezas y hazañas altas de otros muchos príncipes y caballeros del imperio griego y de otras partes, y bizarras damas [Figura 5]

Compuesto por Joan Cano López, natural de la villa de Morata

Capítulo primero. De cómo el príncipe don Clarisol, yendo navegando del puerto de Hungría, fue informado de los cuatro sabios de la aventura del Monte Olimpo	f. 355r
Capítulo 2º. De cómo continuaron las justas de Macedonia, y lo que en ellas avino.	f. 360v
Capítulo 3º. De lo que subcedió en las justas de Macedonia sobre la discordia del príncipe don Heleno de Dacia y los cuatro noveles.	f. 365r

Capítulo 4º. De las vistosas justas que se continuaron en la gran plaza de Macedonia, y del fin que tuvieron.	f. 370v
Capítulo 5º. De los aparatos y prevenciones de guerras que en diversas partes del mundo se preparaban contra el Griego Imperio.	f. 376v
Capítulo 6º. De lo que avino en el reino de Macedonia después de las reales justas pasadas.	f. 381v
Capítulo 7º. De lo que pasó al príncipe Deifebo con la sabia Aurelia y la infanta Florisdama de Hungría.	f. 386v
Capítulo 8º. De los numerosos ejércitos y naciones que los soldanes de Egipto y Babilonia alistaron para contra Grecia.	f. 391r
Capítulo 9º. De lo que subcedió al príncipe don Clarisol en las faldas del Monte Olimpo yendo con su hermana, sabios y sabias.	f. 395r
Capítulo 10. De las batallas que en el Castillo de Marte tuvieron los príncipes don Clarisol y su hermana, la infanta Clarabella, con sus guardas.	f. 399v
Capítulo 11. De la rigurosa batalla de entre la infanta Clarabella y la diosa Palas en el Castillo de Marte, y del fin que tuvo.	f. 405r
Capítulo 12º. De la rigurosa y descomunal batalla que hobo el príncipe don Clarisol con Polifemo y con el dios Marte en su Castillo de las Furias.	f. 410v
Capítulo 13º. De la rigurosa y peligrosa contienda que tuvo el príncipe don Clarisol en la infernal Morada de las Furias del Monte Olimpo sobre sacar de encantamento a las infantas griegas y otros reyes y príncipes presos.	f. 414v
Capítulo 14. De la contienda que el príncipe don Clarisol tuvo con Aqueronte sobre el pasaje del río Lecteo, y del fin de el encantado Castillo de las Furias.	f. 419r
Capítulo 15. De lo que avino a don Clarisol y su compañía acabada la aventura del Castillo de las Furias, y prosecución de las guerras del Griego Imperio.	f. 425r
Capítulo 16. De la desigual y naval batalla que la escuadra del almirante Bravorante tuvo con toda la poderosa armada de los soldanes de Egipto y Babilonia a vista del puerto de Costantinopla.	f. 429r
Capítulo 17. De la discreta respuesta que el ínclito emperador Claramante dio al rey embajador de los soldanes, y lo que más avino.	f. 433v
Capítulo 18. Del principio que se dio a la fiesta de las justas de Grecia, en que era mantenedor substantante el príncipe Deifebo de Egipto.	f. 440r
Capítulo 19. De la vistosa justa que don Clarisol y su hermana y los príncipes don Heleno de Dacia, Deifebo y Aspramonte tuvieron con los cinco famosos caballeros etíopes del Soldán de Egipto.	f. 444v
Capítulo 20. De la aventura del encantamento del león alado del sabio Selagio, y de lo que sobre ello avino al príncipe don Clarisol.	f. 449v
Capítulo 21. De lo que en el real de los soldanes subcedió, y de lo que subcedió en la corte de Costantinopla pasada la tregua.	f. 454v
Capítulo 22. De la muerte de Atabalva, soldán de Babilonia, y de lo subcedido en Grecia y los campos amigos y contrarios.	f. 459v
Capítulo 23. De lo que sobre la reconciliación de los soldanes con los griegos subcedió, y lo que más avino en Costantinopla.	f. 465v
Capítulo 24 y último. De lo que subcedió en el imperio y ciudad de Costantinopla concluidas las generales guerras.	f. 469v

PROLOGO AL
LECTOR

[illegible][illegible]

Figura 1: Prólogo al lector (1r)

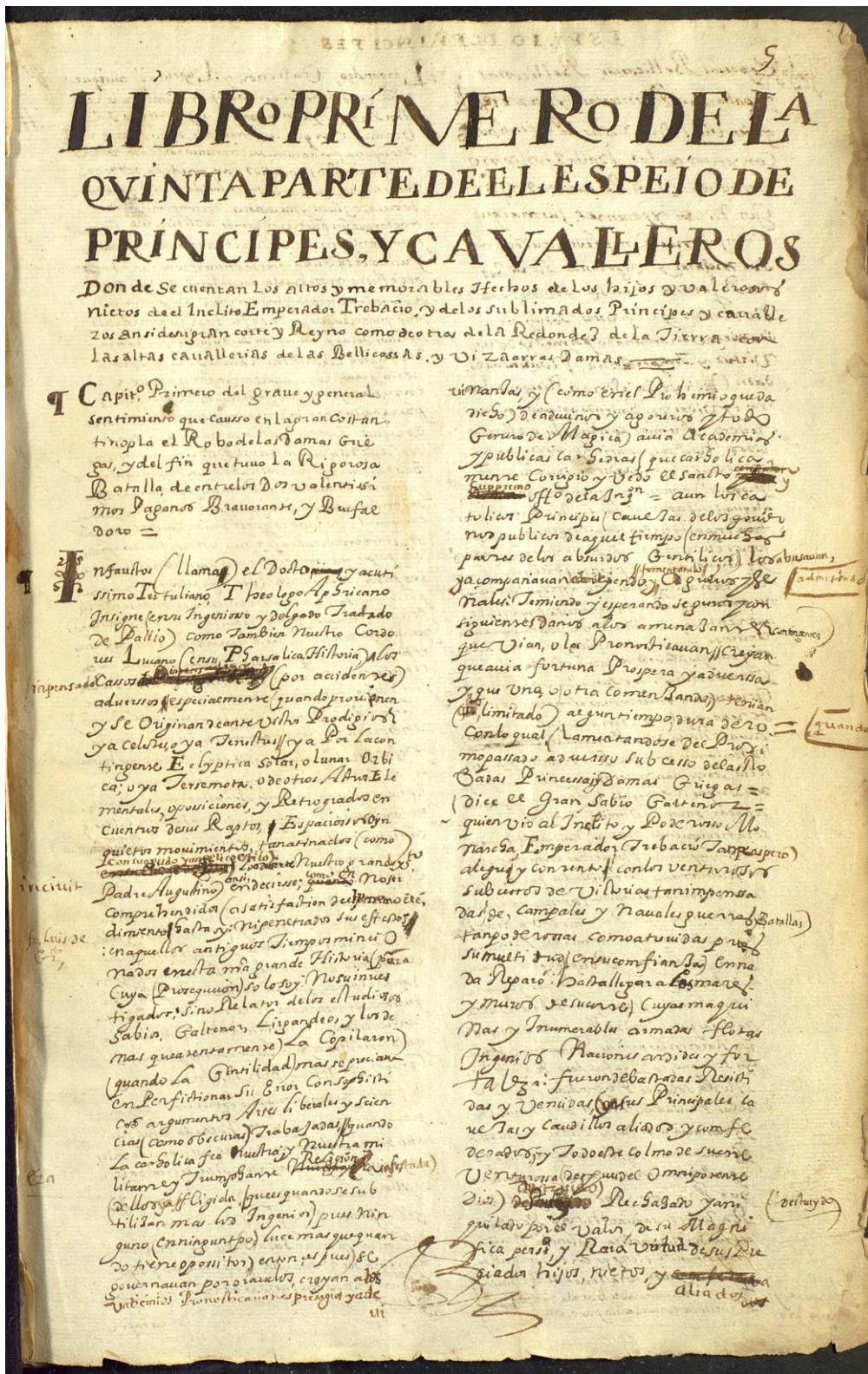


Figura 2: Libro primero de la Quinta parte de el Espejo de príncipes y caballeros (5r)

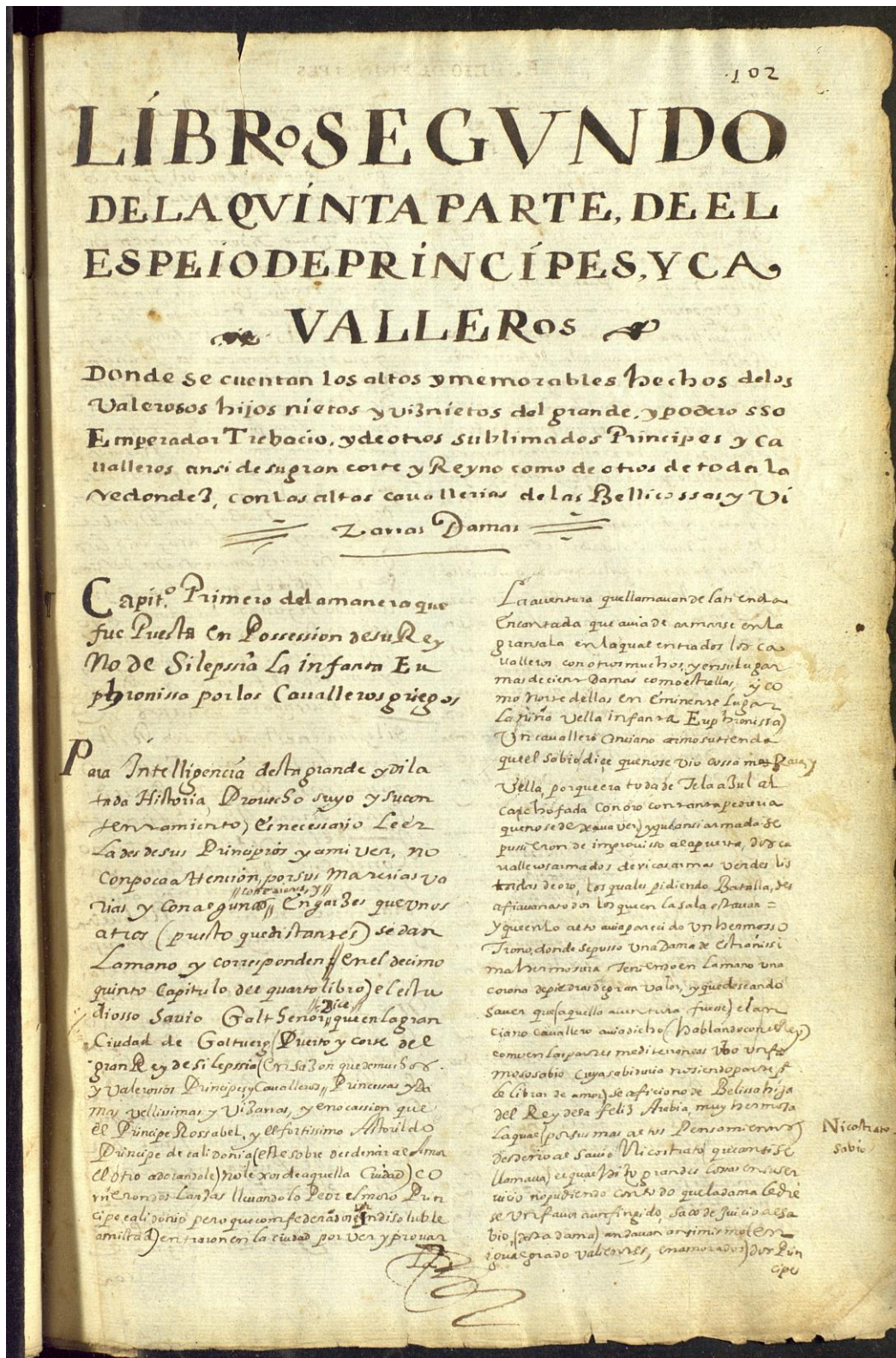


Figura 3: Libro segundo de la Quinta parte de el Espejo de príncipes y caballeros (102r)

227

SEXTA PARTE ,
DE ESPEIODEPRINCIPES YCA
VALEROS.

EN DOS LIBROS: DONDE SE TRATA

Los altos hechos, del Emperador Trebacio, y de sus Caros hijos, Emperador
 Alphebo, Inclito Rossida, ya, Rey de la gran Bretaña, y de los Escelentísimos
 Principes Claramante, y Poliphebo, y del muy Excelente Principe Clau-
 dianio hijo del mismo Alphebo, y de la hermosa y Bellicosissima Emperatriz
 Claridiana sumoger, y del singular Don Clavosol Principe de Lira, y in-
 fanta Clarauele, hijos de los sobradichos, Clavosol, y de su Esposa, la Ve-
 lla y Belicosa Reyna Archibolora, con las Proezas de otros Excelentes Principes

Cavalleros, Vizcarras, y Bellicosas Damas

Compuesto por Ihoan cano Lopez, Natural de la Villa de Morata

LIBRO PRIMERO, DE LA SEXTA PAR-
TE DE ESPEIODEPRINCIPES YCAVALLEROS

Capitulo Primero del Primer
 Libro, de la sexta Parte de
 el fin que tiene la Reuida, y
 temerosa Batalla que oviere
 con entre Los Principes Cla-
 uadiano, y Bembo, con los fue-
 ros Gigantes, heumanos, Flo-
 rones, y Bulfor =

Affectio natural Curioso, y de
 la de efectos del Subcasso suspen-
 sivo, originado de la fabrica natural
 del gusto assumpto, acentuado
 de mas, como el Entretenimiento
 de la comica comedia bien
 representada y vestida, que lo
 versado de ella, mayormente si en-
 tra en el Arte poetico, lo mo-
 ral, (nomuy autorizado), suele me-
 nor sonar al oido discreto, que
 lo Scholastico sin proposito, y en

fin lo doctinal (con buen len-
 guage applicado a lo venenoso,
 se decapita por util, que lo
 superfluo, como no necesario)
 aunque critico y Philosophico
 que se madura y avendado.
 Juicio que de Seolgy y Emi-
 nentes Varones, y dignos dares
 andesado ven en guaparo
 lo que en el Vigessimo guar-
 to capitulo de antepassado
 libro quinto desta La tra
 Hironia, de lo suspensivo el
 oido acentuado de la Baralla
 subdosa de entre aque llo
 for hironia quatro que
 venen, Clavosol, y el Prin-
 cipe griego, yee denir de la
 ya Bembo, contra la flor
 gigante, que junto con
 membrados y de los moros.

Figura 4: Libro primero de la Sexta parte de Espejo de príncipes y caballeros (227r)

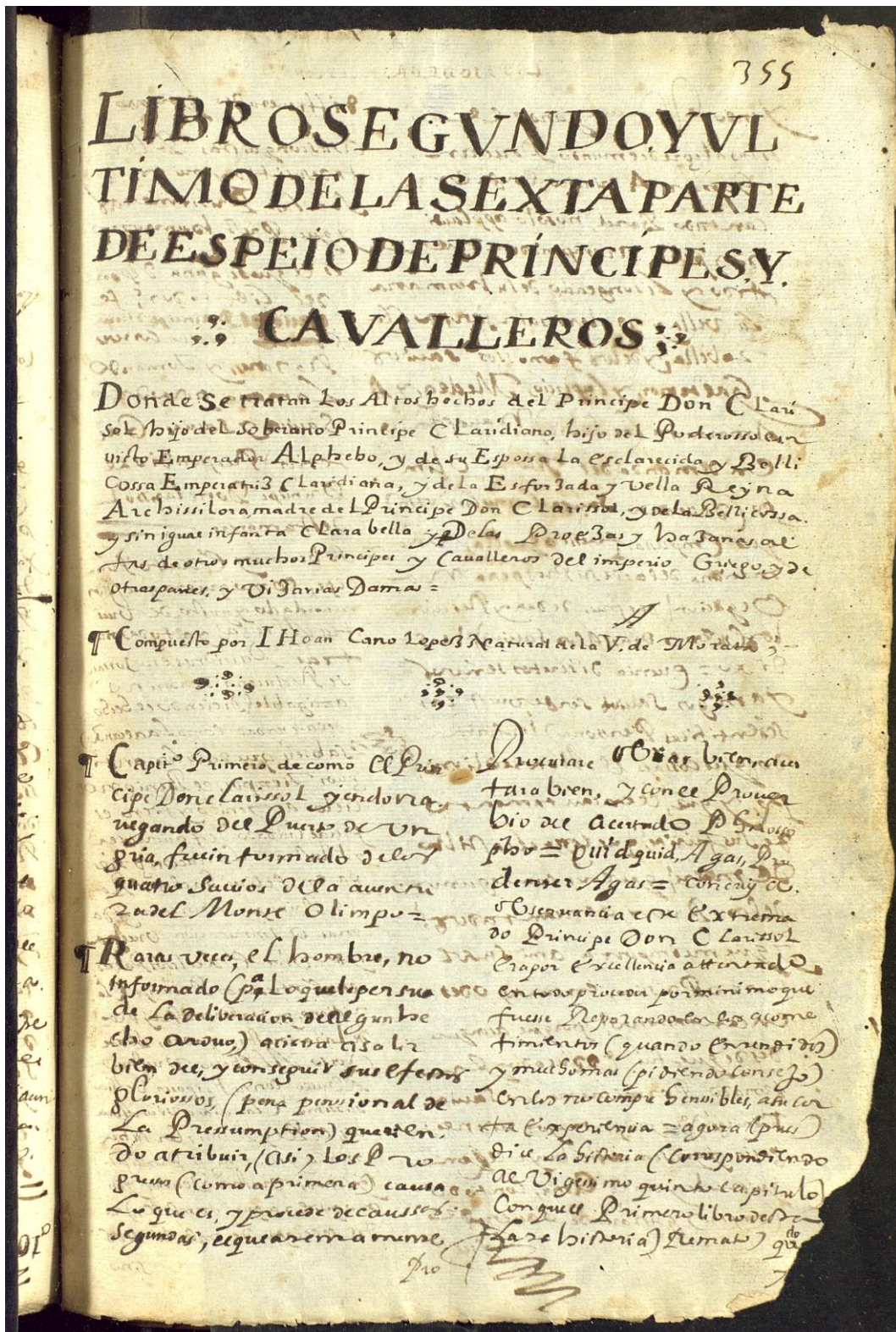


Figura 5: Libro segundo y último de la Sexta parte de Espejo de príncipes y caballeros (355r)

Bibliografía citada

- Academia que se celebró en siete de enero al feliz nacimiento del serenísimo príncipe D. Carlos*, Madrid, s.e., 1652.
- Agulló y Cobo, Mercedes, «Noticias de impresores y libreros madrileños de los siglos xvi y xvii (Continuación)», *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, II (1967), pp. 175-213.
- Alba y Astorga, Pedro de, *Respuesta limpia a los papeles manchados que se han esparcido estos días*, Lovaina, Emprenta de la Inmaculada Concepción, 1663.
- Alemán, Mateo, *Guzmán de Alfarache*, ed. José María Micó, Madrid, Cátedra, 1987.
- Antonio, Nicolás, *Bibliotheca Hispana sive scriptorum Hispana gentis: Qui ab Anno MD usque ad praesens tempus monumenta doctrinae suae literis tradiderunt*, Roma, Nicolai Angeli Tinassii, 1672.
- Arellano, Ignacio; Mata Induráin, Carlos, «Entremés de las aventuras del caballero don Pascual del Rábano», *Príncipe de Viana*, LXVI (2005), pp. 913-925.
- Asensio, Eugenio, «El ramismo y la crítica textual en el círculo de Luis de León: Carteo del Brocense y Juan de Grial», en *Academia literaria renacentista, I: Fray Luis de León*, ed. Víctor García de la Concha, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1981, pp. 47-76.
- Astrana Marín, Luis, *Vida ejemplar y heroica de Miguel de Cervantes Saavedra*, Madrid, Reus, 1948-1958.
- Baranda, Nieves, «La lucha por la supervivencia. Las postrimerías del género caballeresco», *Voz y letra*, 7/2 (1997), pp. 159-170.
- Bolaños Donoso, Piedad, «Doña Feliciano Enríquez de Guzmán y sus fuentes literarias: Examen de la biblioteca de don Francisco de León Garavito», *Teatro de palabras: Revista de teatro áureo*, 1 (2007), pp. 1-28.
- Bondía, Ambrosio, *Triunfo de la verdad sobre la censura de la elocuencia*, Madrid, Martín de Barrio, 1649.
- Bonilla Cerezo, Rafael, «El gongorismo en las *Novelas ejemplares* y *prodigiosas historias* de Juan de Piña (II)», *Confronto letterario: Quaderni del Dipartimento di Lingue e Letterature Straniere Moderne dell'Università di Pavia*, 45 (2006), pp. 25-54.
- Bouza, Fernando, «Dásele licencia y privilegio»: *Don Quijote y la aprobación de libros en el Siglo de Oro*, Madrid, Akal, 2012.
- Briquet, Charles-Moise, *Les filigranes: Dictionnaire historique des marques du papier*, Leipzig, Hiersemann, 1923².
- Calderón de la Barca, Pedro, *El Gran Duque de Gandía*, ed. Václav Černý, Praga, Academie Tchécoslovaque des Sciencies, 1963.
- , *La dama duende*, ed. Fausta Antonucci, Barcelona, Crítica, 1999.
- , *Obras completas*, ed. Ángel Valbuena Briones, Madrid, Aguilar, 1987².
- Calleja, Diego de, *El triunfo de la Fortaleza*, Madrid, Biblioteca Nacional de España, ms. 17.288.
- Campos García Rojas, Axayácatl, «El ciclo de *Espejo de príncipes y caballeros*», *Edad de Oro*, 21 (2002), pp. 389-429.
- Cancionero del bachiller Jhoan López: Manuscrito 3168 de la Biblioteca Nacional de Madrid*, ed.

- Rosalind J. Gabin, Madrid, Porrúa Turanzas, 1980.
- Caro, Rodrigo, *Días geniales o lúdicos*, ed. Jean-Pierre Etievre, Madrid, Espasa-Calpe, 1978.
- Castellanos de Losada, Basilio Sebastián, dir., *Biografía eclesiástica completa: Vida de los personajes del Antiguo y Nuevo Testamento, de todos los santos que venera la Iglesia, papas y eclesiásticos célebres por sus virtudes y talento*, Madrid, Alejandro Gómez Fuentenebro, 1848-1868.
- Castro, Guillem de, *Obras*, ed. Eduardo Juliá Martínez, Madrid, Real Academia Española, 1925-1927.
- Catalá Sanz, Jorge Antonio; Boigues Palomares, Juan José, *La biblioteca del primer Marqués de dos Aguas, 1707*, Valencia, Universitat de València, 1992.
- Cervantes, Miguel de, *Entremeses*, ed. Eugenio Asensio, Madrid, Castalia, 1970.
- Cotarelo y Mori, Emilio, ed., Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo, *Obras*, Madrid, Tipografía de la Revista de Archivos, 1907-1909.
- , «Actores famosos del siglo xvii: María de Córdoba, “Amarilis”, y su marido Andrés de la Vega», *Revista de la biblioteca, archivo y museo del Ayuntamiento de Madrid*, 37 (1933), pp. 1-33.
- Covarrubias, Sebastián de, *Tesoro de la lengua castellana o española*, ed. Martín de Riquer, Barcelona, Altafulla, 1987².
- Cubero Sebastián, Pedro, *Breve relación de la peregrinación que ha hecho de la mayor parte de mundo*, Madrid, Juan García Infanzón, 1680.
- Curiosidades bibliográficas*, ed. Adolfo de Castro, Madrid, Rivadeneyra, 1855.
- Demattè, Claudia, *Repertorio bibliografico e studio interpretativo del teatro cavalleresco spagnolo del sec. XVII*, Trento, Università degli studi di Trento-Dipartimento di scienze filologiche e storiche, 2005.
- Díez Borque, José María, *Literatura (novela, poesía, teatro) en bibliotecas particulares del Siglo de Oro español (1600-1650)*, Frankfurt am Mein, Universidad de Navarra-Iberoamericana-Vervuert, 2010.
- Eisenberg, Daniel, *La interpretación cervantina del «Quijote»*, Madrid, Compañía Literaria, 1995.
- , *Romances of Chivalry in the Spanish Golden Age*, Newark (Delaware), Juan de la Cuesta, 1982.
- ; Marín Pina, María del Carmen, *Bibliografía de los libros de caballerías castellanos*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2000.
- Enríquez Gómez, Antonio, *Sansón Nazareno*, Rouen, Laurenço Maurry, 1656.
- Fernández, Marcos, *Olla podrida a la española*, Amberes, Felipe Van Eyck, 1655.
- García de Enterría, María de la Cruz, «Libros de caballerías y romancero», *Journal of Hispanic Philology*, 10 (1985-1986), pp. 103-115.
- Garrido, Pablo María, *El solar carmelitano de San Juan de la Cruz: Los conventos de la antigua provincia de Castilla, 1416-1836*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 2000.
- Givanel Mas, Joan, *Una mascarada quixotesca celebrada a Barcelona l'any 1633*, Barcelona, L'Avenç, 1913.
- Gómez de la Cortina, José; Hugalde y Mollinedo, Nicolás, «Notas de los traductores», en Friedrich August Bouterwek, *Historia de la literatura española*,

- Madrid, Eusebio Aguado, 1829, pp. 107-273.
- Gómez de Tejada, Cosme, *León prodigioso*, Madrid, Francisco Martínez, 1636.
- Historias caballerescas del siglo XVI*, ed. Nieves Baranda, Madrid, Turner, 1995.
- Hurtado de Mendoza, Antonio, *Cada loco con su tema. Los empeños del mentir*, ed. Mario Crespo López, Madrid, Cátedra, 2012.
- , *Obras poéticas*, ed. Rafael Benítez Claros, Madrid, Real Academia Española, 1947-1948.
- IBSO: *Inventarios y bibliotecas del Siglo de Oro*.
URL: < <http://www.bidiso.es/InventariosYBibliotecas/> >
(cons. 08/05/2016).
- Jiménez de Urrea, Jerónimo, *Diálogo de la verdadera honra militar*, Zaragoza, Diego Dormer a costa de Jusepe Ginobart, 1642.
- Liñán y Verdugo, Antonio, *Guía y avisos de forasteros que vienen a la Corte*, ed. Manuel de Sandoval, Madrid, Real Academia Española, 1923.
- Loaysa, Rodrigo de, *Victorias de Cristo*, Sevilla, Alonso Rodríguez de la Cámara, 1618.
- Lucía Megías, José Manuel, «Catálogo descriptivo de libros de caballerías hispánicos, XI: l último libro de caballerías castellano: *Quinta parte de Espejo de príncipes y caballeros*», *Nueva revista de filología hispánica*, XLVI (1998), pp. 309-356.
- , *De los libros de caballerías manuscritos al «Quijote»*, Madrid, Sial, 2004.
- , «Los libros de caballerías en las primeras manifestaciones populares del *Quijote*», en *De la literatura caballeresca al «Quijote»*, coord. Juan Manuel Cacho Bleca, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2007, pp. 319-345.
- Marín Pina, María del Carmen, «Romancero y libros de caballerías más allá de la Edad Media», en *Actas del VI Congreso de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval (Alcalá de Henares, 12-16 de septiembre de 1995)*, ed. José Manuel Lucía Megías, Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá, 1997, II, pp. 978-987 (recogido en Marín Pina, 2011, 377-400).
- , *Páginas de sueños: Estudios sobre los libros de caballerías castellanos*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico»-Exma. Diputación de Zaragoza, 2011.
- Márquez Villanueva, Francisco, *Trabajos y días cervantinos*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 1995.
- Matos Frago, Juan de; Diamante, Juan Bautista; Vélez de Guevara, Juan, *El hidalgo de la Mancha*, ed. Manuel García Martín, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1982.
- Matos Frago, Juan de; Villaviciosa, Sebastián de; Avellaneda, Francisco de, *Solo el piadoso es mi hijo*, Madrid, Antonio Sanz, 1747.
- Mayans y Siscar, Gregorio, *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*, ed. Antonio Mestre, Madrid, Espasa-Calpe, 1972.
- Molina, Tirso de, *Amar por señas*, en *Obras dramáticas completas*, ed. Blanca de los Ríos, Madrid, Aguilar, 1989².
- , *Deleitar aprovechando*, Madrid, Imprenta Real a costa de Domingo González, 1635.
- , *Obras dramáticas completas*, ed. Blanca de los Ríos, Madrid, Aguilar, 1989⁴.
- Moliner, José María *San Juan de la Cruz: su presencia mística y su escuela poética*, Madrid, Palabra, 2004².
- Montalvo, Bernabé de, *Primera parte de la corónica del Orden de Cister*, Madrid, Luis

- Sánchez, 1602.
- Moreto, Agustín, *Comedias escogidas*, ed. Agustín Durán, Madrid, Imprenta de Ortega, 1826-1831.
- , *El parecido en la Corte*, ed. Juana de José Prades, Salamanca, Anaya, 1965.
- Muñiz, Roberto, *Biblioteca cisterciense española*, Burgos, Joseph de Navas, 1795.
- Oliver Asín, Jaime, «El *Quijote* de 1604», *Boletín de la Real Academia Española*, XXVIII (1948), pp. 89-126.
- Ovando y Santarén, Juan de, *Orfeo militar*, Málaga, Mateo López Hidalgo, Málaga, 1688.
- Pérez Pastor, Cristóbal, *Noticias y documentos relativos a la historia y la literatura españolas*, Madrid, Real Academia Española, 1910-1926.
- Piccard, Gerhard, *Wasserzeichen Kreuz*, Stuttgart, Kohlhammer, 1981.
- Pujades, Jerónimo, *Crónica universal del principado de Cataluña*, Barcelona, Imprenta de José Torner, 1829-1832.
- Quevedo, Francisco de, *Los sueños*, ed. Ignacio Arellano, Madrid, Cátedra, 1991.
- , *Obra poética*, ed. José Manuel Blecua, Madrid, Castalia, 1969-1981.
- Ramos, Rafael, «Continuación y reelaboración: un elemento central en la configuración genérica de los libros de caballerías», en *Continuations littéraires et création en Espagne (XIII^e-XVII^e siècle)*, ed. David Álvarez Roblin y Olivier Biaggini, Madrid, Casa de Velázquez, en prensa.
- Rodríguez, Lucas, *Romancero historiado (Alcalá, 1582)*, ed. Antonio Rodríguez-Moñino, Madrid, Castalia, 1967.
- Rozas, Juan Manuel, «El género y el significado de la *Égloga a Claudio* de Lope de Vega», en *Serta philologica F. Lázaro Carreter: natalem dien sexagesimum celebranti dicata*, II: *Estudios de literatura y crítica textual*, Madrid, Cátedra, 1983, pp. 465-484.
- Salas Barbadillo, Alonso Jerónimo de, *Obras*, ed. Emilio Cotarelo y Mori, Madrid, Tipografía de la *Revista de Archivos*, 1907-1909.
- Salazar Rincón, Javier, «El personaje de Sancho Panza y los lectores del siglo xviii», *Anales cervantinos*, 36 (2004), pp. 197-246.
- Salazar y Castro, Luis de, *Historia genealógica de la casa de Silva*, Madrid, Melchor Álvarez y Mateo de Llanos, 1685.
- Sales Dasí, Emilio, *La aventura caballeresca: epopeya y maravillas*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2004.
- Salinas, Juan de, *Poesías humanas*, ed. Henry Bonneville, Madrid, Castalia, 1988.
- Sánchez Escribano, Federico; Porqueras Mayo, Alberto, *Preceptiva dramática española del Renacimiento y el Barroco*, Madrid, Gredos, 1972².
- Santiago Rodríguez, Miguel, *Los manuscritos del Archivo General y Biblioteca del Ministerio de Asuntos Exteriores*, Madrid, Dirección General de Relaciones Culturales-Ministerio de Asuntos Exteriores, 1974.
- Santos, Francisco, *Obras en prosa y verso*, Madrid, Francisco Martínez Abad a costa de Juan Gómez y Francisco Medel, 1723.
- Segura, Bartolomé de *Amazona cristiana*, Valladolid, Francisco Fernández de Córdoba, 1619.
- Sota, Francisco, *Crónica de los príncipes de Asturias y Cantabria*, Madrid, Juan García Infanzón, 1681.

- Suárez de Figueroa, Cristóbal, *El pasajero*, ed. María Isabel López Bascuñana, Barcelona, Promociones y Publicaciones Universitarias, 1988.
- Suárez, Diego, *Historia del maestro último que fue de Montesa*, ed. Francisco Guillén Robles, Madrid, Sociedad de Bibliófilos Españoles, 1889.
- Valladares y Valdelomar, Juan, *El caballero venturoso*, edd. Adolfo Bonilla y San Martín y Manuel Serrano y Sanz, Madrid, B. Rodríguez Serra, 1902.
- Varey, John E.; Davis, Charles, *Los corrales de comedias y los hospitales de Madrid: 1615-1849. Estudio y documentos*, Madrid, Tàmesis, 1997.
- Vázquez Estévez, Anna, *Impresos dramáticos españoles de los siglos XVI y XVII en las bibliotecas de Barcelona. La transmisión teatral impresa*, Kassel, Reichenberger, 1995.
- Vega, Lope de, *Comedias. Parte XIII*, coord. Natalia Fernández Rodríguez, Madrid, Gredos, 2014.
- , *Novelas a Marcia Leonarda*, ed. Francisco Rico, Madrid, Alianza Editorial, 1968.
- , *Obras*, IX, ed. Ángel González Palencia, Madrid, Real Academia Española, 1930.
- Veiga, Thomé Pinheiro da, *Fastigimia*, ed. Jose Pereira de Sampaio, Oporto, Biblioteca Publica Municipal do Porto, 1911.
- Vélez de Guevara, Luis, *Cumplir dos obligaciones y Duquesa de Sajonia*, Valencia, Viuda de Joseph de Orga, 1768.
- , *El águila del agua*, edd. William R. Manson y C. George Peale, Newark (Delaware), Juan de la Cuesta, 2003.
- , *El Hércules de Ocaña*, edd. William R. Manson y C. George Peale, Newark (Delaware), Juan de la Cuesta, 2008.
- , *El verdugo de Málaga*, ed. Maria Grazia Profeti, Zaragoza, Ebro, 1975.
- , *Más pesa el rey que la sangre*, ed. Frank J. Bianco, Barcelona, Puvill, 1979.
- Weruaga Prieto, Ángel, *Lectores y bibliotecas en la Salamanca moderna (1600-1789)*, Salamanca, Junta de Castilla y León, 2008.

